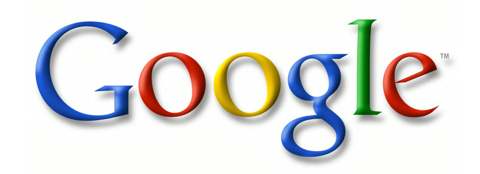


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

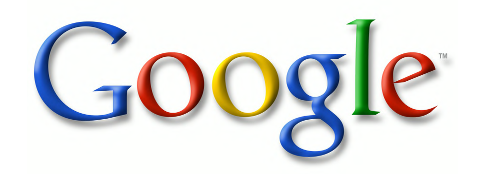
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

1837
ARTES VERITAS SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE





A 523499

868
G22
1821

OBRAS

DE

GARCILASO

DE LA VEGA.

Hállase tambien en Lyon, librería de
CORMON y BLANC.

OBRAS

DE

GARCILASO

DE LA VEGA.



MADRID,
LIBRERÍA DE SANCHA.

1821.

OBRAS

DE

GARCILASO

DE LA VEGA.

Presented to Signor
[redacted]
on the occasion of his de-
parture from Scotland
for Italy (his native) Country
as
a small but sincere
mark of esteem
by
His Friend [illegible]

Hállase tambien en Lyon, libreria de
CORMON y BLANC.

Edinburgh 24 March
1828

NOTICIAS

LIB. COM.
LIBERMA
SEPTEMBER 1928
7336

DE

GARCILASO DE LA VEGA.

Garcilaso de la Vega nació en Toledo el año de 1503 de una familia muy ilustre, y fué caballero del órden de Alcántara. Desde sus primeros años siguió las banderas de Cárlos V, y se halló en todas las mas célebres acciones militares de su tiempo, alcanzando en ellas el renombre de esforzadísimo soldado, especialmente en la defensa de Viena, y en el sitio de Tunez, de donde salió herido. Vuelto á Nápoles despues de estos servicios, incurrió en la desgracia del Emperador, por haber protegido los amores de un sobrino

suyo, que aspiraba á un enlace superior á su gerarquía; y fué desterrado á una Isla del Danubio. Mas luego vuelto á la gracia del Príncipe, le acompañó al Piamonte mandando á once banderas de infantería. Segnia el Emperador el alcance del ejército Frances que se retiraba, y mandó que se escalase una torre de un lugar cerca de Fréjus, donde se defendian desesperadamente cincuenta paisanos Franceses. Garcilaso subió de los primeros, pero herido de una piedra en la cabeza, cayó, y llevado á Niza, sobrevió veinte y un dias al golpe, del cual murió á los treinta y tres años de su edad en 1536.

¡ Cosa verdaderamente estraña, por no decir admirable ! un jóven que muere á la edad de treinta y tres años; entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento auxiliado de su aplicacion y buen gusto, saca de repente á nuestra poesía de su infancia,

la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los mas célebres modernos que entonces se conocian; y rivalizando á veces con ellos, la engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguage puro, armonioso, dulce y elegante. Su genio, mas delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclinó de preferencia á las imágenes dulces del campo, á los sentimientos propios de la égloga y la elegía. Tenia una fantasía viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos, y de la comunicacion con los Italianos, produjo aquellas composiciones, que aunque tan pocas, se conciliáron al instante una estimacion y un respeto, que los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Desearan algunos que se hubiese abandonado mas á sus propias ideas y senti-

mientos; que estudiando igualmente á los antiguos, no se dejase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imágenes y afectos que su excelente talento le sugeria por las imágenes y afectos agenos; que ya que en la mayor parte es un modelo de cultura y de elegancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último quisieran que la disposicion de sus églogas tuviese mas unidad, y hubiese mas conexion entre las personas y objetos que intervienen en ellos. Pero estos defectos no pueden contrapesar las muchas bellesas que aquellas poesías contienen, y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. Garcilaso es el primer que dió á nuestra poesía alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban mas talento y mas fuerza sin comparacion alguna, que para evitar las faltas en que

la necesidad, su juventud, y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hiciéron caer.

A las prendas sobresalientes qué tiene como poeta, se añade la de ser el escritor Castellano que manejó en aquel tiempo la lengua con mas propiedad y acierto. Muchos de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido: el lenguage de Garcilaso al contrario, si se exceptuan algunos italianismos que su continuo trato con aquella nacion le hizo contraer, está vivo y floreciente aun, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy dia.

Tantas especies de mérito reunidos en un hombre solo excitáron la admiracion de su siglo que le dió al instante el título de Príncipe de los poetas Castellanos: los estrangeros le llaman el Petrarca Español: tres escritores célebres le han ilustrado y comentado; infinitas veces se ha impreso,

Andes á caza el monte fatigando
En ardiente ginete, que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando,
Espera que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras;
Antes que me consuma,
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un dia
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no solo mia,
Mas de cualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria:
El árbol de vitoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la yedra que se planta
Debajo de tu sombra, y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;

Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando SALICIO recostado
Al pie de una alta haya en la verdura
Por donde una agua clara con sonido
Atravesaba el fresco y verde prado:
El, con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia:
Y así como presente,
Rasonando con ella le decia.

SALICIO.

O mas dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo,
Mas helada que nieve, Galatea;
Estoy muriendo, y aun la vida temo,
Témola con razon, pues tú me dejas;
Que no hay, sin tí el vivir para que sea.

Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado,
De tí desamparado;
Y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves y animales y la gente:
Cual por el aire clavo va volando,
Cual por el verde valle ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente:
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio,
Y al usado ejercicio
De su natura ó menester le inclina,
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina.
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento

De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera?
O Dios! porque siquiera
(Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo)
No recibe del ciel alguno castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa,
Y dulce primavera deseaba.
Ay! cuanto me engañaba,
Ay! cuan diferente era,
Y cuan de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja repitiendo

La desventura mia.
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Cuantas veces durmiendo en la floresta
(Reputándolo yo por desvarío)
Ví mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
A beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado,
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba:
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Tu dulce habla en cuya oreja suena?
Tus claros ojos á quien los volviste?
Por quien tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe do la pusiste?
Cual es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,

Viendo mi amada yedra
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida.
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Qué no se esperará de aquí adelante
Por difícil que sea y por incierto?
O qué discordia no será juntada?
Y juntamente qué tendrá por cierto,
O qué de hoy mas no temerá el amante,
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con recelo,
Perder lo que estuviere poseyendo,
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazon malvado,

Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La çordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruído
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escogido.
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano,
Y en el invierno abundo: en mi majada
La manteca y el queso está sobrado:
De mi cantar pues yo te vi agradada
Tanto, que no pudiera el Mantuano
Títiro ser de tí mas alabado.
No soy pues, bien mirado
Tan disforme ni feo;
Que aunque agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo:
Trocara mi ventura.
Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Como te vine en tanto menosprecio ?
Como te fuí tan presto aborrecible ?
Como te faltó en mí el conocimiento ?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera este triste apartamiento.
¿ No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frío
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Estremo en el invierno ?
Mas qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno !
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan :
Los árboles parece que se inclinan :
Las aves que me escuchan, cuando cantan
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste.

Tu sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo lágrimas corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste;
Que bien podrás venir de mí segura,
Yo dejaré el lugar do me dejaste:
Ven, si por solo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo.
No es mucho que lugar tambien le quede.
Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y suspirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.

La blanda Filomena,
Casi como dolida,
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decidlo vos Pierides; que tanto
No puedo yo, ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas:
Arboles que os estais mirando en ellas:
Verde prado de fresca sombra lleno:
Aves que aquí sembrais vuestras querellas:
Yedra que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno:
Yo me ví tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría;

Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo contento y descansado:
O bien caduco, vano y presuroso!
Acuerdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
O miserable hado!
O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Do están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?
Do está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
Adonde están? Adonde el blanco pecho?

Do la coluna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.

¿Quien me dijera, ELISA, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado:
Y lo que siento mas es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Despues que nos dejaste nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude,
La mala yerba al trigo ahoga, y nace

En lugar suyo la infelice avena.
La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable:
Y yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable.
Como al partir del sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre:
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa:
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine,
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el Ruiseñor con triste canto

Quejarse, entre las hojas escondido,
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente,
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena,
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al Cielo por testigo y las Estrellas.

Desta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al Cielo, y enojado
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo.

No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,
ELISA, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan:
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno:
Juntándolos con un cordon los ato.
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa escura
Que siempre aflige esta ánima mésquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina,
Y aquella voz divina,

Con cuyo son y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda;
Me parece que oigo que á la cruda,
Inexorable Diosa demandabas
En aquel paso ayuda:
Y tú, rústica Diosa, donde estabas?
Ibate tanto en perseguir las fieras?
Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que comovida á compasion, oido
A los votos y lágrimas no dieras,
Por no ver hecha tierra tal belleza?
¿O no ver la tristeza
En que tu Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir su oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos?
Divina Elisa, pues agora el Cielo
Con inmortales pies pisas y mides,
Y su mudanza ves, estando queda,

¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo, y ver me libre pueda?
¿Y en la tercera rueda
Contigo mano á mano
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos,
Do descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos mios,
Sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que solo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol de luz escaso,

Su ganado llevando
Se fuéron recogiendo paso á paso.

EGLOGA II.

ALBANIO. SALICIO. CAMILA. NEMOROSO.

ALBANIO.

En medio del invierno está templada
El agua dulce desta clara fuente
Y en el verano mas que nieve helada.
O claras ondas ! como veo presente,
En viéndoos, la memoria de aquel dia,
De que el alma temblar y arder se siente.
En vuestra claridad vi mi alegría,
Escurecerse toda y entuviarse ;
Cuando os cobré, perdí mi compañía,
¿ Aquien pudiera igual tormento darse,
Que con lo que descansa otro afligido
Venga mi corazon á atormentarse ?
El dulce murmurar de este ruido,

El mover de los árboles al viento,
El suave olor del prado florecido,
Podrian tornar de enfermo y descontento
Cualquier pastor del mundo, alegre y sano,
Yo solo en tanto bien morir me siento.
O hermosura sobre el ser humano!
O claros ojos! ó cabellos de oro!
O cuello de marfil! ó blanca mano!
¿Como puede ora ser que en triste lloro
Se convirtiese tan alegre vida,
Y en tal pobreza todo mi tesoro?
Quiero mudar lugar, y á la partida
Quizá me dejará parte del daño
Que tiene el alma casi consumida.
¡Cuan vano imaginar, cuan claro engaño
Es darme yo á entender que con partirme
De mí se ha de partir un mal tamaño!
¡Ay miembros fatigados, y cuan firme
Es el dolor que os cansa y enflaquece!
O si pudiese un rato aquí dormirme!
Al que velando el bien nunca se ofrece,
Quizá que el sueño le dará durmiendo
Algun placer, que presto desparece.
En tus manos, ó sueño, me encomiendo.

SALICIO.

¡Cuan bienaventurado
Aquel puede llamarse
Que con la dulce soledad se abraza,
Y vive descuidado,
Y lejos de empacharse
En lo que al alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza,
Ni la soberbia puerta,
De los grandes Señores,
Ni los aduladores,
A quien la hambre del favor despierta:
No le será forzoso
Rogar, fingir, temer y estar quejoso.
A la sombra holgando
De un alto pino ó robre,
O de alguna robusta y verde encina,
El ganado contando
De su manada pobre,
Que por la verde selva se avecina,
Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro,
Bajo y vil le parece,

Y tanto lo aborrece
Que aun no piensa que dello está seguro:
Y como está en su seso,
Rehuye la cerviz del grave peso.
Convida á dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua que la clara fuente envia:
Y las aves sin dueño
Con canto no aprendido
Hinchen el aire de dulce armonía;
Háceles compañía
A la sombra volando
Y entre varios olores
Gustando tiernas flores,
La solícita abeja susurrando:
Los árboles y el viento
Al sueño ayudan con su movimiento.
Quien duerme aquí? Do está que no le veo?
O! helo allí. Dichoso tú que aflojas
La cuerda al pensamiento ó al deseo.
O natura, cuan pocas obras cojas
En el mundo son hechas por tu mano!
Creciendo el bien, menguando las congojas,
El sueño diste al corazon humano

Para que al despertar mas se alegrase
Del estado gozoso, alegre y sano:
Que como si de nuevo le hallase,
Hace aquel intervalo que ha pasado,
Que el nuevo gusto, nunca el bien se pase.
Y al que de pensamiento fatigado
El sueño baña con licor piadoso,
Curando el corazon despedazado,
Aquel breve descanso, aquel reposo
Basta para cobrar de nuevo aliento,
Con que se pase el curso trabajoso.
Llegarme quiero cerca con buen tiento,
Y ver, si de mí fuere conocido,
Si es del número triste ó del contento.
ALBANIO es este que está aquí dormido,
O yo conozco mal. ALBANIO es cierto,
Duerme, garzon cansado y afligido.
¡Por cuan mejor librado tengo un muerto,
Que acaba el curso de la vida humána,
Y es conducido á mas seguro puerto,
Que el que viviendo acá, de vida ufana,
Y de estado gozoso, noble y alto,
Es derrocado de fortuna insana!
Dicen que este mancebo dió un gran salto,

Que de amorosos bienes fué abundante,
Y agora es pobre, miserable y falto,
No sé la historia bien; mas quien delante
Se halló al duelo, me contó algun poco
Del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO.

Es este sueño? ó ciertamente toco
La blanca mano? Sueño, estás burlando?
Yo estábate creyendo como loco.
O cuitado de mí! Tu vas volando
Con prestas alas por la eburnea puerta:
Yo quédome tendido aquí llorando.
¿No basta el grave mal en que despierta
El alma vive, ó (por mejor decillo)
Está muriendo de una vida incierta?

SALICIO.

Albanio, deja el llanto, que en oillo
Me aflijo.

ALBANIO.



Quien presente está á mi duelo?

SALICIO.

Aquí está quien te ayudará á sentillo.

ALBANIO.

Aquí estás tu, SALICIO ! Gran consuelo
Me fuera en cualquier mal tu compañía :
Mas tengo en esto por contrario al Cielo.

SALICIO.

Parte de tu trabajo ya me habia
Contado GALAFRON, que fué presente
En aqueste lugar el mismo dia ;
Mas no supo decir del accidente
La causa principal : bien que pensaba
Que era mal que decir no se consiente :
Y á la sazon en la ciudad yo estaba,
Como tu sabes bien, aparejando
Aquel largo camino que esperaba :
Y esto que digo me contáron cuando
Torné á volver ; mas yo te ruego agóra
(Si esto no es enojoso que demando)
Que particularmente el punto y hora
La causa, el daño cuentes y el proceso :
Que el mal comunicado se mejora.

ALBANIO.

Con un amigo tal verdad es eso,
Cuando el mal sufre cura, mi SALICIO :

Mas este ha penetrado hasta al hueso.
Verdad es que la vida y ejercicio
Comun y el amistad que á tí me ayunta,
Mandan que complacerte sea mi oficio.
Mas que haré? que el alma ya barrunta,
Que quiero renovar en la memoria
La herida mortal de aguda punta.
Y póneme delante aquella gloria
Pasada y la presente desventura
Para espantarme de la horrible historia.
Por otra parte pienso que es cordura
Renovar tanto el mal que me atormenta,
Que á morir vengan de tristeza pura.
Y por esto, SALICIO, entera cuenta
Te daré de mi mal como pudiere,
Aunque el alma rehuya y no consienta.
Quise bien, y querré mientras rigiere
Aquestos miembros el espíritu mio,
Aquella por quien muero, si muriere.
En este amor no entré por desvarío,
Ni le traté como otros con engaños,
Ni fué por eleccion de mi albedrío.
Desde mis tiernos y primeros años
A aquella parte me inclinó mi estrella,

Y á aquel fiero destino de mis daños.
Tu conociste bien una Doncella,
De mi sangre y abuelos decendida,
Mas que la misma hermosura bella:
En su verde niñez, siendo ofrecida
Por montes y por selvas á Diana,
Ejercitaba allí su edad florida.
Yo que desde la noche á la mañana,
Y del un sol al otro sin cansarme
Seguia la caza con estudio y gana,
Por deudo y ejercicio á conformarme
Vine con ella en tal domestiqueza,
Que della un punto no sabia apartarme.
Iba de un hora en otra la estrecheza
Haciéndose mayor, acompañada
De un amor sano y lleno de pureza.
Qué montaña dejó de ser pisada
De nuestros pies? qué bosque ó selva umbrosa
No fué de nuestra caza fatigada?
Siempre con mano larga y abundosa
Con parte de la caza visitando
El sacro altar de nuestra santa Diosa,
La colmilluda testa ora llevando
Del puerco jabalí cerdoso y fiero,

Del peligro pasado razonando:
Ora clavando del ciervo ligero
En algun sacro pino los ganchosos
Cuernos, con puro corazon sincero,
Tornábamos contentos y gozosos,
Y al disponer de lo que nos quedaba
Jamas me acuerdo de quedar quejosos.
Cualquiera caza a entrambos agradaba;
Pero la de las simples avecillas
Menos trabajo y mas placer nos daba.
En mostrando el Aurora sus mejillas
De rosa, y sus cabellos de oro fino
Humedeciendo ya las florecillas,
Nosotros yendo fuera de camino,
Buscábamos un valle el mas secreto,
Y de conversacion menos vecino:
Aquí, con una red de muy perfecto
Verde teñida, aquel valle atajábamos
Muy sin rumor, con paso muy quieto.
De dos árboles altos la colgábamos.
Y habiéndonos un poco lejos ido,
Hácia la red armada nos tornábamos;
Y por lo mas espeso y escondido
Los árboles y matas sacudiendo

Turbábamos el valle con ruido.
Zorzales, tordos, mirlas, que temiendo
Delante de nosotros, espantados
Del peligro menor, ihan huyendo,
Daban en el mayor desatinados,
Quedando en la sutil red engañosa
Confusamente todos enredados.
Y entonces era vellos una cosa
Estraña y agradable, dando gritos,
Y con voz lamentándose quejosa.
Algunos dellos (que eran infinitos)
Su libertad buscaban revolando;
Otros estaban míseros y aflitos.
Al fin las cuerdas de la red tirando,
Llevábamosla juntos casi llena,
La caza á cuestas y la red colgando.
Cuando el humido otoño ya refrena
Del seco estío el gran calor ardiente,
Y va faltando sombra á Filomena,
Con otra caza desta diferente,
Aunque tambien de vida ociosa y blanda,
Pasábamos el tiempo alegremente,
Entonces siempre, como sabes, anda
De estorninos volando á cada parte

Acá y allá la espesa y negra banda.
Y cierto aquesto es cosa de contarte,
Como con los que andaban por el viento
Usábamos tambien de astucia y arte.
Uno vivo primero de aquel cuento
Tomábamos; y en esto sin fatiga
Era cumplido luego nuestro intento.
Al pie del cual un hilo untado en liga
Atado, le soltábamos al punto
Que via volar aquella banda amiga.
Apenas era suelto, cuando junto
Estaba con los otros y mezclado,
Secutando el efecto de su asunto.
A cuantos era el hilo enmarañado
Por alas ó por pies ó por cabeza,
Todos venian al suelo mal su grado.
Andaban forcejando una gran pieza
A su pesar y á mucho placer nuestro;
Que así de un mal, ajeno bien se empieza.
Acuérdaseme agora que el siniestro
Canto de la corneja y el agüero
Para escaparse no le fué maestro;
Cuando una dellas (como es muy ligero)
A nuestras manos viva nos venia,

Era prision de mas de un prisionero.
La cual á un llano grande yo traia.
A do muchas cornejas andar juntas
O por el suelo ó por el aire via :
Clavándola en la tierra por las puntas
Extremas de las alas, sin rompellas,
Seguíase lo que apenas tú barruntas.
Parecia mirando á las estrellas,
Clavada boca arriba en aquel suelo,
Que estaba contemplando el curso dellas.
De allí nos alejábamos, y el cielo
Rompia á gritos ella, y convocaba
De las cornejas el superno vuelo.
En un solo momento se ayuntaba
Una gran muchedumbre presurosa
A socorrer la que en el suelo estaba,
Cercábanla, y alguna mas piadosa
Del mal ajeno de la compañera,
Que del suyo avisada ó temerosa,
Llegábase muy cerca, y la primera
Que esto hacia, pagaba su inocencia
Con prision ó con muerte lastimera :
Con tal fuerza la presa y tal violencia
Se engarrafaba de la que venia,

Que no se despidiera sin licencia.
Ya puedes ver que gran placer seria
Ver, de una por soltarse y desasirse,
De otra por socorrerse la porfía.
Al fin la fiera lucha á despartirse
Venia por nuestra mano, y la cuitada
Del bien hecho empezaba á arrepentirse,
¿Qué me dirás, si con su mano alzada
Haciendo la nocturna centinela,
La grulla de nosotros fué engañada?
No aprovechaba al ánsar la cautela,
Ni ser siempre sagaz descubridora
De nocturnos engaños con su vela.
Ni al blanco cisne que en las aguas mora
Por no morir como Faeton en fuego,
Del cual el triste caso canta y llora.
¿Y tú perdiz cuitada, piensas luego
Que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.
A ningun ave ó animal natura
Dotó de tanta astucia, que no fuese
Vencido al fin de nuestra astucia pura.
Si por menudo de contarte hubiese
De aquesta vida cada partecilla,

Temo que antes del fin anocheciese.
Basta saber que aquesta tan sencilla
Y tan pura amistad, quiso mi hado
En diferente especie convertilla:
En un amor tan fuerte y tan sobrado,
Y en un desasosiego no creible,
Tal que no me conozco de trocado.
El placer de miralla, con terrible
Y fiero desear sentí mezclarse,
Que siempre me llevaba á lo imposible.
La pena de su ausencia ví mudarse,
No en pena, no en congoja, en cruda muerte;
Y en fuego eterno el alma atormentarse.
Aqueste estado enfin mi dura suerte
Me trajo poco á poco, y no pensara
Que contra mi pudiera ser mas fuerte,
Si con mi grave daño no probara,
Que en comparacion de esta, aquella vida
Cualquiera por descanso la juzgara.
Ser debe aquesta historia aborrecida
De tus orejas, ya que así atormenta
Mi lengua y mi memoria entristecida.
Decir ya mas no es bien se consienta:
Junto todo mi bien perdí en un hora;

Y esta es la suma enfin de aquella cuenta.

SALICIO.

Albanio, si tu mal comunicaras
Con otro, que pensaras que tu pena
Juzgaba como ajena, ó que este fuego
Nunca probó, ni el juego peligroso
De que tu estás quejoso; yo confieso
Que fuera bueno aqueso que ahora haces,
Mas si tu me deshaces con tus quejas?
¿Porqué agora me dejas como á estraño,
Sin dar de aqueste daño fin al cuento?
Piensas que tu tormento como nuevo
Escucho? y que no pruebo por mi suerte
Aquesta viva muerte en las entrañas?
Sino con todas mañas ó experiencia
Esta grave dolencia se desecha,
Al menos aprovecha, yo te digo,
Para que de un amigo que adolezca,
Otro se condolezca, que ha llegado
De bien acuchillado á ser maestro.
Así que pues te muestro abiertamente
Que no estoy inocente de estos males,
(Que aun traigo las señales de las llagas)

No es bien que tu te hagas tan esquivo;
Que mientras estás vivo, ser podria
Que por alguna via te avisase,
O contigo llorase, que no es malo
Tener al pie del palo quien se duela
Del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANIO.

Tu quieres que forceje y que contraste
Con quien al fin no baste á derrocalle;
Amor quiere que calle: yo no puedo
Mover el paso un dedo sin gran mengua
El tiene de mi lengua el movimiento:
Así que no me siento ser bastante.

SALICIO.

¿Qué te pone delante que te impida
El descubrir tu vida al que librarte
Del mal alguna parte cierto espera?

ALBANIO.

Amor quiere que muera sin reparo;
Y conociendo claro que bastaba
Lo que yo descansaba en este llanto
Contigo á que entretanto me aliviase,

Y aquel tiempo probasè á sostenerme:
Por mas presto perderme, como injusto,
Me ha ya quitado el gusto que tenia
De echar la pena mia por la boca.
Así que ya no toca nada dello
A tí querer sabello, ni contallo
A quien solo pasallo le conviene,
Y muerte solo por alivio tiene.

SALICIO.

¿Quien es contra su ser tan inhumano,
Que al enemigo entrega su despojo,
Y pone su poder en otra mano?
Como? y no tienes ora algun enojo
De ver que amor tu misma lengua ataje,
O la desate por su solo antojo?

ALBANIO.

Salicio amigo, cese este lenguage:
Cierra tu boca, y mas aquí no la abras:
Yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.
¿Para qué son magníficas palabras?
Quien te hizo filósofo elocuente,
Siendo pastor de ovejas y de cabras?
O cuitado de mí, cuan fácilmente

Con espedida lengua y rigurosa
El sano da consejos al doliente!

SALICIO.

No te aconsejo yo, ni digo cosa
Para que debas tú por ella darme
Respuesta tan aceda y tan odiosa.
Ruégote que tu mal quieras contarme,
Porque dél pueda tanto entristecerme,
Cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANIO.

Pues ya de tí no puedo defenderme,
Yo tornaré á mi cuento, cuando hayas
Prometido una gracia concederme:
Y es, que en oyendo el fin, luego te vayas,
Y me dejes llorrar mi desventura
Entre estos pinos solo y estas hayas.

SALICIO.

Aunque pedir tú eso no es cordura,
Yo seré dulce mas que sano amigo,
Y daré bien lugar á tu tristeza.

ALBANIO.

Ora, Salicio, escucha lo que digo:
Y vos, ó Ninfas deste bosque umbroso,

A do quiera que estéis, estad conmigo.
Ya te conté el estado tan dichoso
A do me puso amor, si en él yo firme
Pudiera sostenerme con reposo.
Mas como de callar y de encubrirme
De aquella por quien vivo, me encendia;
Llegué ya casi al punto de morirme.
Mil veces ella preguntó que habia,
Y me rogó que el mal le descubriese,
Que mi rostro y color le descubria.
Mas no acabó con cuanto me dijese,
Que de mí á su pregunta otra respuesta
Que un sospiro con lágrimas hubiese.
Aconteció que en una ardiente siesta,
Viniendo de la caza fatigados,
En el mejor lugar desta floresta,
Que es este donde estamos asentados,
A la sombra de un árbol aflojámos
Las cuerdas á los arcos trabajados.
En aquel prado allí nos reclinámos,
Y del céfiro fresco recogiendo
El agradable espirtu respirámos.
Las flores á los ojos ofreciendo
Diversidad estraña de pintura

Diversamente así estaban oliendo.
Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecia,
Mostrando abiertamente su hondura,
El arena que de oro parecia,
De blancas pedrezuelas variada,
Por do manaba el agua, se bullia.
En derredor ni sola una pisada
De fiera ó de pastor ó de ganado
A la sazon estaba señalada.
Despues que con el agua resfriado
Hubimos el calor, y juntamente
La sed de todo punto mitigado:
Ella que con cuidado diligente
A conocer mi mal tenia el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente,
Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento:
Y si era amor, que no me recelase
De hacelle mi caso manifiesto,
Y demostralle aquella que yo amase:
Que me juraba que tambien en esto
El verdadero amor que me tenia

Con pura voluntad estaba presto.
Yo, que tanto callar ya no podia,
Y claro descubrir menos osaba
Lo que en el alma triste se sentia.
Le dije que en aquella fuente clara
Veria de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara
Ella, que ver aquesta deseaba,
Con menos diligencia discurriendo
De aquella con que el paso apresuraba,
A la pura fontana fué corriendo,
Y en viendo el agua toda fué alterada,
En ella su figura sola viendo.
Y no de otra manera arrebatada,
Del agua rehuyó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada.
Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
No sé que allá entre dientes murmurando,
Me dejó aquí, y aquí quiere que muera.
Quedé yo triste y solo allí culpando
Mi temerario osar, mi desvarío,
La pérdida del bien considerando.
Creció de tal manera el dolor mio,
Y de mi loco error el desconsuelo,

Que hice de mis lágrimas un rio.
Fijos los ojos en el alto cielo
Estuve boca arriba una gran pieza
Tendido, sin moverme en este suelo.
Y como de un dolor otro se empieza,
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,
De mi gran culpa aquel remordimiento,
Verme del todo al fin sin esperanza
Me trastornáron casí el sentimiento.
Como deste lugar hice mudanza
No sé, ni quien de aquí me condujese
Al trise albergue y á mi pobre estanza.
Sé que tornando en mí, como estuviese
Sin comer y dormir bien cuatro dias,
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese:
Las ya desamparadas vacas mias
Por otro tanto tiempo no gustáron
Las verdes yerbas ni las aguas frias.
Los pequeños hijuelos, que halláron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quejáron.
Las selvas á su voz tambien atentas,
Bramando pareció que respondian

Condolidas del daño y descontentas.
Aquestas cosas nada me movian;
Antes con mi llorar hacia espantados
Todos cuantos á verme allí venian.
Viniéron los pastores de ganados:
Viniéron de los sotos los vaqueros,
Para ser de mi mal de mí informados.
Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban, cuales habian sido
Los accidentes de mi mal primeros.
A los cuales, en tierra yo tendido,
Ninguna otra respuesta dar sabia,
Rompiendo con sollozos mi gemido,
Sino de rato en rato les decia:
Vosotros los de Tajo en su ribera
Cantaréis la mi muerte cada dia.
Este descanso llevaré aunque muera,
Que cada dia cantaréis mi muerte
Vosotros los de Tajo en su ribera.
La quinta noche en fin mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte,
Hizo que de mi choza me saliese
Por el silencio de la noche escura

A buscar un lugar donde muriese.
Y caminando por do mi ventura,
Y mis enfermos pies me condujéron,
Llegué á un barranco de muy gran altura,
Luego mis ojos le reconociéron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Las ondas poco á poco le comiéron.
Al pie de un olmo hice allí mi asiento:
Y acordéme que ya con ella estuve
Pasando allí la siesta al fresco viento.
Y con esta memoria me detuve,
Como si aquesta fuera medicina
De mi furor y cuanto mal sostuve.
Denunciaba el Aurora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
A quien la tierra, á quien la mar se inclina.
Entonces, como cuando el cisne siente
El ansia postrimera que le aqueja,
Y tienta el cuerpo mísero y doliente,
Con triste y lamentable son se queja,
Y se despide con funesto canto
Del espirtu vital que dél se aleja:
Así aquejado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana

Carne, solté la rienda al triste llanto.
¡O fiera, dije, mas que tigre hircana,
Y mas sorda á mis quejas que el ruido
Embravecido de la mar insana!
Héme entregado, héme aquí rendido:
He aquí vences, toma los despojos
De un cuerpo miserable y afligido.
Yo pondré fin del todo á tus enojos:
Ya no te ofenderá mi rostro triste,
Mi temerosa voz y húmidos ojos.
Quizá tú que en mi vista no moviste
El paso á consolarme en tal estado,
Ni tu dureza cruda enterneciste,
Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
Vendrás á arrepentirte y lastimarte;
Mas tu socorro tarde habrá llegado.
¿Como pudiste tan presto olvidarte
De aquel tan luengo amor? y de sus ciegos
Nudos en sola una hora desligarte?
¿No se te acuerda de los dulces juegos
Ya de nuestra niñez, que fuéron leña
Destos dañosos y encendidos fuegos,
Cuando la encina desta espesa breña
De sus bellotas dulces despojaba,

Que íbamos á comer sobre esta peña?
¿Quien las castañas tiernas derrocaba
Del árbol al subir dificultoso?
Quien en tu limpia falda las llevaba?
¿Cuando en valle florido, espeso, umbroso
Metí jamas el pie que dél no fuese
Cargado á tí de flores y oloroso?
Jurábasme si ausente yo estuviese,
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
Ni el prado yerba para tí tuviese.
¿A quien me quejo, que no escucha cosa
De cuantos digo quien debria escucharme?
En sola me muestra ser piadosa,
Respondiéndome prueba conhortarme,
Como quien probó mal tan importuno;
Mas no quiere mostrarse y consolarme.
O Dioses, si allá juntos de consuno
De los amantes el cuidado os toca;
O tú solo, si toca solo á uno:
Recibid las palabras que la boca
Echa con la doliente ánima fuera,
Antes que el cuerpo torne en tierra poca.
O Nayades, de aquesta mi ribera
Corrientes moradoras! ó Napeas,

Guarda del verde bosque verdadera?
Alce una de vosotras blancas Deas
Del agua su cabeza rubia un poco;
Así Ninfa jamas en tal te veas.
Podré decir que con mis quejas toco
Las divinas orejas, no pudiendo
Las humanas tocar, cuerdo ni loco.
O hermosas Oreadas, que teniendo
El gobierno de selvas y montañas,
A caza andais por ellas discurriendo!
Dejad de perseguir las alimañas:
Venid á ver un hombre perseguido,
A quien no valen fuerzas ya ni mañas.
O Driades! de amor hermoso nido,
Dulces y graciosísimas doncellas
Que á la tarde salis de lo escondido,
Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dejan de oro cobijadas,
Parad mientes un rato á mis querellas.
Y si con mi ventura conjuradas
No estais, haced que sean las ocasiones
De mi muerte aquí siempre celebradas.
O lobos, ó osos, que por los rincones
De estas fieras cavernas escondidos

Estais oyendo agora mis razones,
Quedaos á Dios, que ya vuestros oidos
De mi zampoña fuéron halagados
Y alguna vez de amor enternecidos.
A Dios montañas, á Dios verdes prados,
A Dios corrientes rios espumosos,
Vivid sin mí con siglos prolongados,
Y mientras en el curso presurosos
Iréis al mar á darle su tributo,
Corriendo por los valles pedregosos:
Haced que aquí se muestre triste luto
Por quien viviendo alegre os alegraba
Con agradable son y viso enjuto:
Por quien aquí sus vacas abrevaba,
Por quien ramos de lauro entretejiendo
Aquí sus fuertes toros coronaba.
Estas palabras tales en diciendo,
En pie me alcé por dar ya fin al duro
Dolor, que en vida estaba padeciendo.
Y por el paso en que me ves, te juro
Que ya me iba á arrojar de do te cuento,
Con paso largo y corazon seguro:
Cuando una fuerza súbita de viento

Vino con tal furor, que de una sierra
Pudiera remover el firme asiento.
De espaldas, como atónito, en la tierra
Desde á gran rato me hallé tendido;
Que así se halla siempre aquel que yerra.
Con mas sano discurso en mi sentido
Comencé de culpar el presupuesto
Y temerario error que habia seguido
En querer dar con triste muerte al resto,
De aquesta breve vida fin amargo,
No siendo por los hados aun dispuesto.
De allí me fuí con corazon mas largo
Para esperar la muerte, cuando venga
A relevarme deste largo cargo.
Bien has ya visto cuanto me convenga,
Que pues buscalla á mí no se consiente,
Ella en buscarme á mí no se detenga.
Contado te he la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo entero:
Cúmpleme tu promesa prestamente.
Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres, como yo pienso, vete agora;
No estorbes un dolor acerbo y fiero

Al afligido y triste cuando llora.

SALICIO.

Tratara de una parte
Que agora solo siento,
Sino pensaras que era dar consuelo.
Quisiera preguntarte,
Como tu pensamiento
Se derribó tan presto en este suelo;
O se cubrió de velo,
Para que no mirase
Que quien tan luengamente
Amó, no se consiente
Que tan presto del todo te olvidase.
¿Que sabes si ella agora
Juntamente su mal y el tuyo llora?

ALBANIO.

Cese ya el artificio
De la maestra mano;
No me hagas pasar tan grave pena.
Harásme, tú SALICIO,
Ir do nunca pie humano
Estampó su pisada en el arena.
Ella está tan agena

De estar desa manera,
Como tú de pensallo,
Aunque quieres mostrallo
Con razon aparente ó verdadera.
Ejercita aquí el arte
A solas, que yo voyme en otra parte.

SALICIO.

No es tiempo de curalle,
Hasta que menos tema
La cura del maestro y su crueza.
Solo quiero dejalle;
Que aun está el apostema
Intratable á mi ver por su dureza.
Quebrante la braveza
Del pecho empedernido
Con largo y tierno llanto:
Iréme yo entretanto
A requerir de un ruiseñor el nido,
Que está en un alta encina,
Y estará presto en manos de Gravina.

CAMILA.

Si desta tierra no he perdido el tino,
Por aquí el corzo vino, que ha traido

Despues que fué herido atras el viento.
Que recio movimiento en la corrida
Lleva de tal herida lastimado?
En el siniestro lado soterrada
La flecha enherbolada iba mostrando,
Las plumas blanqueando solas fuera,
Y háceme que muera con buscalle.
No pasó deste valle: aquí está cierto,
Y por ventura muerto. ¡Quien me diese
Alguno que siguiese el rastro agora,
Mientras la herviente hora de la siesta
En aquesta floresta yo descanso!
¡Ay viento fresco, manso y amoroso,
Almo, dulce, sabroso! esfuersa, esfuerza
Tu soplo, y esta fuerza tan caliente
Del alto sol ardiente ora quebranta;
Que ya la tierna planta del pie mio
Anda á buscar el frio desta yerba.
A los hombres reserva tú, Diana,
En esta siesta insana tu ejercicio:
Por agora tu oficio desamparo,
Que me ha costado caro en este dia.
¡Ay dulce fuente mia, y de cuan halto
Con solo un sobresalto me arrojaste!

Sabes qué me quitaste, fuente clara?
Los ojos de la cara, que no quiero
Menos un compañero, que yo amaba;
Mas no como él pensaba. Dios ya quiera
Que antès CAMILA muera que padezca
Culpa por do merezca ser echada
De la selva sagrada de Diana.
¡O cuan de mala gana mi memoria
Renueva aquesta historia! Mas la culpa
Ajena me disculpa; que si fuera
Yo la causa primera desta ausencia,
Yo diera la sentencia en mi contrario.
El fué muy voluntario y sin respeto.
Mas para qué me meto en esta cuenta?
Quiero vivir contenta, y olvidalló,
Y aquí donde me hallo recrearme.
Aquí quiero acostarme, y en cayendo
La siesta iré siguiendo mi corcillo:
Que yo me maravillo ya y me espanto
Como con tal herida huyó tanto.

ALBANIO.

Si mi turbada vista no me miente,
Paréceme que vi entre rama y rama

Una Ninfa llegar á aquella fuente.
Quiero llegar allá: quizá si ella ama,
Me dirá alguna cosa con que engañe
Con algun falso alivio aquesta llama.
Y no se me da nada qué desbañe
Mi alma, si es contrario á lo que creo;
Que á quien no espera bien no hay mal que dañe.
O santos Dioses! qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
En forma de mi amor y mi deseo?
CAMILA es esta que está aquí dormida:
No puede de otra ser su hermosura:
La razon está clara y conocida.
Una obra sola quiso la Natura
Hacer como esta, y rompió luego apriesa
La estampa do fué hecha tal figura.
¿Quien podrá luego de su forma espresa
El traslado sacar, si la maestra
Misma no basta y ella lo confiesa?
Mas ya que es cierto el bien que á mí se muestra,
¿Como podré llegar á despertalla,
Teniendo yo la luz que á ella me adiestra?
¿Si solamente de poder tocalla
Perdiese el miedo yo? Mas si despierta?

Si despierta, tenella y no soltalla.
Esta osadía temo que no es cierta:
Mas qué me puede hacer? Quiero llegarme:
En fin ella está agora cómo muerta.
Cabe ella por lo menos asentarme
Bien puedo: mas ya no como solia.
O mano poderosa de matarme!
Viste cuanto tu fuerza en mí podia,
Porqué para sanarme no la pruebas?
Que su poder á todo bastaria.

CAMILA.

Socórreme, Diana.

ALBANIO.

No te muevas,
Que no te he de soltar: escucha un poco.

CAMILA.

Quien me dijera, ALBANIO, tales nuevas?
Ninfas del verde bosque, á vos invoco,
A vos pido socorro en esta fuerza.
Que es esto, ALBANIO, dime si estás loco?

ALBANIO.

Locura debe ser la que me fuerza

A querer mas que el alma y que la vida
 A la que á aborrecerme así se fuerza.

CAMILA.

Yo debo ser de tí la aborrecida,
 Pues me quieres tratar de tal manera,
 Siendo tuya la culpa conocida.

ALBANIO.

Yo culpa contra tí? Si la primera
 No está por cometer, Camila mia,
 En tu desgracia y disfavor yo muera.

CAMILA.

¿Tú no violaste nuestra compañia,
 Queriéndola torcer por el camino
 Que de la vida honesta se desvia?

ALBANIO.

¿Como de sola una hora el desatino
 Ha de perder mil años de servicio,
 Si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA.

Aqueste es de los hombres el oficio,
 Tentar el mal, y si es malo el suceso,
 Pedir con humildad perdon del vicio.

ALBANIO.

Qué tenté yo, Camila?

CAMILA.

Bueno es eso:
Esta fuente lo diga, que ha quedado
Por un testigo de tu mal proceso.

ALBANIO.

Si puede ser mi yerro castigado
Con muerte, con deshonra ó con tormento,
Vesme aquí estoy á todo aparejado.

CAMILA.

Sueltame ya la mano, que el aliento
Me falta de congoja.

ALBANIO.

He muy gran miedo
Que te me irás, que corres mas que viento.

CAMILA.

No estoy como solia, que no puedo
Moverme ya de mal ejercitada.
Suelta, que casi me has quebrado un dedo.

ALBANIO.

¿Estarás si te suelto sosegada,

Mientras con razon clara yo te muestro
Que fuiste sin razon de mí enojada?

CAMILA.

Eres tú de razones gran maestro,
Suelta, que si estaré.

ALBANIO.

Primero jura
Por la primera fe del amor nuestro.

CAMILA.

Yo juro por la ley sincera y pura
De la amistad pasada de sentarme,
Y de escuchar tus quejas muy segura.
¡Cual me tienes la mano de apretarme
Con esa dura mano descreido!

ALBANIO.

Cual me tienes el alma de dejarme!

CAMILA.

Mi prendedero de oro si es perdido?
O cuítada de mí! mi prendedero
Desde aquel valle aquí se me ha caido.

ALBANIO.

Mira no se cayese allá primero,

Antes de aqueste, al val de la hortiga.

CAMILA.

Do quiera que cayó buscalle quiero.

ALBANIO.

Yo iré á buscalle, escusa esa fatiga;
Que no puedo sufrir que aquesta arena
Abrase el blanco pie de mi enemiga.

CAMILA.

Pues que quieres tomar por mí esta pena,
Derecho ve primero á aquellas hayas;
Que allí estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO.

Ya voy: mas entretanto no te vayas.

CAMILA.

Seguro ve que antes verás mi muerte,
Que tu me cobres ni á tus manos hayas.

ALBANIO.

Ah Ninfa desleal! y desa suerte
Se guarda el juramento que me diste?
O condicion de vida dura y fuerte!
¡O falso amor, de nuevo me hiciste

Revivir con un poco de esperanza !
O modo de matar penoso y triste !
O muerte llena de mortal tardanza !
Podré por tí llamar injusto el cielo,
Injusta su medida, y su balanza.
Recibe tú terreno y duro suelo
Este rebelde cuerpo, que detiene
Del alma el espedido y presto vuelo.
Yo me daré la muerte, y aun si viene
Alguno á resistirme... A resistirme ?
El verá que á su vida no conviene.
No puedo yo morir ? no puedo irme
Por aquí, por allí, por do quisiere,
Desnudo espirtu, ó carne y hueso firme ?

CAMILA.

Escucha, que algun mal hacerse quiere,
O cierto tiene trastornado el seso.

ALBANIO.

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.
Descargado me siento de un gran peso:
Paréceme que vuelo, despreciando
Monte, choza, ganado, leche y queso.
No son aquestos pies ? con ellos ando:

Ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;
Solo el espirtu es este que ahora mando.
¿Hale hurtado alguno ó escondido
Mientras mirando estaba yo otra cosa?
O si quedó por caso allí dormido?
Una figura de color de rosa
Estaba allí durmiendo: ¿si es aquella
Mi cuerpo? no, que aquella es muy hermosa.

NEMOROSO.

Gentil cabeza, no daria por ella
Yo para mi traer solo un cornado.

ALBANIO.

A quien iré del hurto á dar querella?

SALICIO.

Estraño ejemplo es ver en que ha parado
Este gentil mancebo, NEMOROSO,
Y á nosotros que le hemos mas tratado.
Manso, cuerdo, agradable, virtuoso,
Sufrido, conversable, buen amigo,
Y con un gran ingenio gran reposo.

ALBANIO.

Yo podré poco ó hallaré testigo

De quien hurtó mi cuerpo: aunque esté ausente,
  Yo le perseguiré como enemigo.
Sabrásme decir del mi clara fuente?
  Dímelo, si lo sabes: así Febo
  Nunca tus frescas ondas escaliente.
Allá dentro en lo hondo está un mancebo
  De laurel coronado, y en la mano
  Un palo propio como yo de acebo.
Ola: quien está allá? Responde hermano.
  Válame Dios! ó tú eres sordo ó mudo,
  O enemigo mortal del trato humano.
Espirtu soy de carne ya desnudo,
  Que busco el cuerpo mio, que me ha hurtado
  Algun ladron malvado, injusto y crudo.
Callar que callarás. Hasme escuchado?
  O santo Dios! mi cuerpo mismo veo,
  O yo tengo el sentido trastornado.
O cuerpo! hete hallado y no lo creo:
  Tanto sin tí me hallo descontento.
  Por fin á tu destierro, y mi deseo.

NEMOROSO.

Sospecho que el contino pensamiento
  Que tuvo de morir antes de agora,

Le representa aqueste apartamiento.

SALICIO.

Como del que velando siempre llora,
Quedan durmiendo las especies llenas
Del dolor que en el alma triste mora.

ALBANIO.

Si no estás en cadenas, sal ya fuera
A darme verdadera forma de hombre,
Que ahora solo el nombre me ha quedado.
Y si allá estás forzado en ese suelo,
Dímelo: que si al cielo que me oyere
Con quejas no moviere y llanto tierno,
Convocaré el infierno y reino escuro,
Y romperé su muro de diamante;
Como hizo el amante blandamente
Por la consorte ausente, que cantando
Estuvo halagando las culebras
De las hermanas negras mal peinadas.

NEMOROSO.

¡De cuan desvariadas opiniones
Saca buenas razones el cuitado!

SALICIO.

El curso acostumbrado del ingenio,

Aunque le falte el genio que lo mueva,
Con la fuga que lleva, corre un poco :
Y aunque está agora loco, no por eso
Ha de dar al travieso su sentido,
En todo habiendo sido cual tu sabes.

NEMOROSO.

No mas, no me le alabes, que por cierto
De vello como muerto estoy llorando.

ALBANIO.

Estaba contemplando, que tormento
Es este apartamento. A lo que pienso
No nos aparta inmenso mar airado,
No torres de fosado rodeadas,
No montañas cerradas y sin via,
No ajena compañía dulce y cara:
Un poco de agua clara nos detiene
Por ella no conviene lo que entramos
Con ansia deseamos; porque al punto
Que á tí me acerco y junto, no te apartas;
Antes nunca te hartas de mirarme,
Y de sinificarme en tu meneo
Que tienes gran deseo de juntarte
Con esta media parte. Daca hermano,

Echame acá esa mano, y como buenos
Amigos á lo menos nos juntemos,
Y aquí nos abracemos. Ha, burlaste?
Así te me escapaste? Yo te digo
Que no es obra de amigo hacer eso.
¿Quedo yo, Don travieso, remojado,
Y tu estás enojado? Cuan apriesa
Mueves (qué cosa es esa?) tu figura!
Aun esa desventura me quedaba?
Ya yo me consolaba en ver serena
Tu imágen, y tan buena y amorosa.
No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO.

A lo menos que cure tu cabeza.

SALICIO.

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO.

O Dios! por qué no pruebo á echarme dentro
Hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO.

Qué es esto Albanio? Tente.

ALBANIO.

O manifiesto
Ladron! Mas qué es aquesto? y es muy bueno
Vestiros de lo ajeno? y ante el dueño,
Como si fuese un leño de sentido,
Venir muy revestido de mi carne?
Yo haré que descarne esa alma osada
Aquesta mano airada

SALICIO.

Estate quedo.
Llega tú que no puedo detenelle.

NEMOROSO.

Pues qué quires hacelle?

SALICIO.

Yo dejalle,
Si desenclavijalle yo acabase
La mano, y escapase mi garganta,

NEMOROSO.

No tiene fuerza tanta: solo puedes
Hacer tú lo que debes á quien eres.

SALICIO.

Que tiempo de placeres y de burlas!

Con la vida te burlas, NEMOROSO?
Ven ya no estés donoso.

NEMOROSO.

Luego vengo,
En cuanto me detengo yo aquí un poco.
Veré como de un loco te desatas.

SALICIO.

Ay! paso que me matas.

ALBANIO.

Aunque mueras...

NEMOROSO.

Ya aquello va de veras. Suelta loco.

ALBANIO.

Déjame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO.

Suelta ya.

ALBANIO.

Que te hago?

NEMOROSO.

A mí? no nada.

ALBANIO.

Pues vete tu jornada, y nunca entiendas
En aquestas contiendas.

SALICIO.

Ha furioso !
Afierra, NEMOROSO, y tenle fuerte.
Yo te daré la muerte, Don perdido.
Ténmele tú tendido mientras lo ato;
Probemos así un rato á castigallo,
Quizá con espantallo habrá algun miedo.

ALBANIO.

Señores, si estoy quedo dejaréisme?

SALICIO.

No.

ALBANIO.

Pues qué, mataréisme?

SALICIO.

Sí.

ALBANIO.

Sin falta?
Mira cuanto mas alta aquella sierra
Está que la otra tierra.

NEMOROSO.

Bueno es esto:
El olvidará presto la braveza.

SALICIO.

Calla, que así se aveza á tener seso.

ALBANIO.

Como? azotado y preso?

SALICIO.

Calla, escucha.

ALBANIO.

Negra fué aquella lucha que contigo
Hice, que tal castigo dan tus manos.
No éramos como hermanos de primero?

NEMOROSO.

Albanio, compañero, calla agora,
Y duerme aquí algun hora, y no te muevas.

ALBANIO.

Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO.

Loco.

ALBANIO.

Paso, que duermo un poco.

SALICIO.

Duermes cierto?

ALBANIO.

No me ves como un muerto? pues qué hago?

SALICIO.

Este te dará el pago, si despiertas,
En esas carnes muertas, te prometo.

NEMOROSO.

Algo está mas quieto y reposado
Que hasta aquí. Qué dices tú, SALICIO,
Parécete que puede ser curado?

SALICIO.

En procurar cualquiera beneficio
A la vida y salud de un tal amigo,
Hacemos el debido y justo oficio.

NEMOROSO.

Escucha, pues, un poco lo que digo,
Contaréte una estraña y nueva cosa,
De que yo fuí la parte y el testigo.
En la ribera verde y deleitosa
Del sacro Tórmes, dulce y claro rio,
Hay una vega grande y espaciosa,
Verde en el medio del invierno frio,
En el otoño verde y primavera,

Verde en la fuerza del ardiente estío.
Levántase al fin della una ladera
Con proporcion graciosa en el altura,
Que sojuzga la vega y la ribera.
Allí está sobrepuesta la espesura
De las hermosas torres, levantadas
Al cielo con estraña hermosura.
No tanto por la fábrica estimadas,
Aunque estraña labor allí se vea,
Cuanto por sus señores ensalzadas.
Allí se halla lo que se desea,
Virtud, linage, haber, y todo cuanto
Bien de natura ó de fortuna sea.
Un hombre mora allí de ingenio tanto,
Que toda la ribera adonde él vino
Nunca se harta de escuchar su canto.
Nacido fué en el campo Placentino,
Que con estrago y destruicion Romana
En el antiguo tiempo fué sanguino:
Y en este con la propia, la inhumana
Furia infernal, por otro nombre guerra,
Lo tiñe, lo ruina, y lo profana.
El, viendo aquesto, abandonó su tierra,
Por ser mas del reposo compañero,

Que de la patria que el furor atierra.
Llevóle á aquella parte el buen agüero
De aquella tierra de Alba tan nombrada,
Que este es el nombre della, y dél Severo.
A aqueste Febo no le escondió nada;
Antes de piedras, yerba y animales
Diz que le fué noticia entera dada.
Este cuando le place, a los caudales
Rios el curso presuroso enfrena
Con fuerza de palabras y señales.
La negra tempestad en muy serena
Y clara luz convierte, y aquel dia,
Si quiere revolvelle, el mundo atruena.
La Luna de allí arriba bajaria,
Si al son de las palabras no impidiese
El sol del carro que la mueve y guia.
Temo que si decirte presumiese
De su saber su fuerza con loores,
Que en lugar de alaballe le ofendiese.
Mas no te callaré que los amores
Con un tan eficaz remedio cura,
Cual se conviene á tristes amadores,
En un punto remueve la tristura,
Convierte en odio aquel amor insano,

Y restituye el alma á su natura.
No te sabré decir, Salicio hermano,
La órden de mi cura y la manera;
Mas sé que me partí dél libre y sano;
Acuérdaseme bien que en la ribera
De Tórmes le hallé solo cantando,
Tan dulce que una piedra enterneciera.
Como cerca me vido, adevinando
La causa y la razon de mi venida,
Suspenso un rato estuvo allí callando:
Y luego con voz clara y espedida,
Soltó la rienda al verso numeroso
En alabanzas de la libre vida.
Yo estaba embebecido y vergonzoso,
Atento al son; y viéndome del todo
Fuera de libertad y de reposo,
No sé decir, sino que en fin de modo
Aplicó á mi dolor la medicina.
Que el mal desarraigó de todo en todo.
Quedé yo entonces como quien camina
De noche por caminos enriscados,
Sin ver donde la senda ó paso inclina.
Que venida la luz, y contemplados,
Del peligro pasado nace un miedo

Que deja los cabellos erizados.
Así estaba mirando atento y quedo
Aquel peligro yo que atras dejaba,
Que nunca sin temor pensallo puedo.
Tras esto luego se me presentaba,
Sin antojos delante, la vileza
De lo que antes ardiendo deseaba.
Así curó mi mal con tal destreza
El sabio viejo, como te he contado,
Que volvió el alma á su naturaleza,
Y soltó el corazon aherrojado.

SALICIO.

O gran saber, ó viejo fructuoso!
Que el perdido reposo al alma vuelve,
Y lo que la revuelve y lleva á tierra
Del corazon destierra incontinente.
Con esto solamente que contaste,
Así lo reputaste acá conmigo,
Que sin otro testigo, á desealle
Ver presente y hablalle me levantas.

NEMOROSO.

Desto poco te espantas tú, Salicio!
De mas te daré indicio manifiesto.

Si no te soy molesto y enojoso.

SALICIO.

Qué es esto, NEMOROSO? y qué cosa
Puede ser tan sabrosa en otra parte
A mí como escucharte? no la siento,
Cuanto mas este cuento de Severo:
Dímelo por entero por tu vida,
Pues no hay quien nos impida ni embarace.
Nuestro ganado pace: el viento espira:
Filomena sospira en dulce canto,
Y en amoroso llanto se amancilla,
Gime la tortolilla sobre el olmo:
Preséntanos á colmo el prado flores,
Y esmalta en mil colores su verdura:
La fuente clara y pura murmurando
Nos está convidando á dulce trato.

NEMOROSO.

Escucha, pues, un rato, y diré cosas
Estrañas y espantosas poco á poco.
Ninfas, á vos invoco: verdes Faunos,
Sátiros y Silvanos, soltad todos
Mi lengua en dulces modos y sutiles;
Que ni los pastoriles, ni el avena,

Ni la zampoña suena como quiero.
Este nuestro Severo pudo tanto
Con el suave canto y dulce lira;
Que revueltos en ira y torbellino.
En medio del camino se paráron
Los vientos, y escucháron muy atentos
La voz y los acentos, muy bastantes
A que los repugnantes y contrarios
Se hiciesen voluntarios y conformes,
A aqueste el viejo Tórmes como á hijo
Lo metió al escondrijo de su fuente,
De do va su corriente comenzada.
Mostróle una labrada y cristalina
Urna, donde él reclina el diestro lado;
Y en ella vió entallado y esculpido
Lo que antes de haber sido, el sacro viejo
Por divino consejo puso en arte,
Labrando á cada parte las estrañas
Virtudes y hazañas de los hombres
Que con sus claros nombres ilustráron
Cuanto señoreáron de aquel rio.
Estaba con un brio desdeñoso,
Con pecho corajoso, aquel valiente,
Que contra un Rey potente y de gran seso,

Quel viejo padre preso le tenia,
Cruda guerra movia, despertando
Su ilustre y claro bando al ejercicio
De aquel piadoso oficio. A aqueste junto
La gran labor al punto señalaba
Al hijo, que mostraba acá en la tierra
Ser otro Marte en guerra, en corte Febo.
Mostrábase mancebo en las señales
Del rostro, que eran tales, que esperanza
Y cierta confianza claro daban
A cuantos le miraban, que él seria
En quien se informaria un ser divino
Al campo Sarracino en tiernos años
Daba con graves daños á sentillo,
Que como fué caudillo del cristiano,
Ejercitó la mano, y el maduro
Seso, y aquel seguro y firme pecho.
En otra parte, hecho ya mas hombre,
Con mas ilustre nombre los arneses
De los fieros Franceses abollaba.
Junto tras esto estaba figurado
Con el arnes manchado de otra sangre,
Sosteniendo la hambre en el asedio,
Siendo él solo remedio del combate,

Que con fiero rebate y con ruido
Por el muro batido le ofrecian.
Tantos al fin morian por su espada,
A tantos la jornada puso espanto,
Que no hay labor que tanto notifique,
Cuanto el fiero Fadrique de Toledo
Puso terror y miedo al enemigo.
Tras aqueste que digo se veía
El hijo Don Garcia, que en el mundo
Sin par y sin segundo solo fuera,
Si hijo no tuviera. ¿ Quien mirara
De su hermosa cara el rayo ardiente,
Quien su resplandeciente y clara vista,
Que no diera por vista su grandeza?
Estaban de crueza fiera armadas
Las tres inicuas Hadas, cruda guerra
Haciendo allí á la tierra con quitalle
Este, que en alcanzalle fué dichosa.
O patria lagrimosa ¡ y como vuelves
Los ojos á los Gelves sospirando!
El está ejercitando el duro oficio,
Y con tal artificio la pintura
Mostraba su figura, que dijeras,
Si pintado le vieras, que hablaba.

El arena quemaba, el sol ardia,
La gente se caía medio muerta;
Él solo con despierta vigilanza
Dañaba la tardanza floja, inerte,
Y alababa la muerte gloriosa,
Luego la polvorosa muchedumbre
Gritando á su costumbre la cercaba:
Mas el que se llegaba al fiero mozo,
Llevaba con destrozo y con tormento
Del loco atrevimiento el justo pago.
Unos en bruto lago de su sangre,
Cortado ya el estambre de la vida,
La cabeza partida revolcaban:
Otros claro mostraban espirando
De fuera palpitando las entrañas,
Por las fieras y estrañas cuchilladas
De aquella mano dadas. Mas el hado
Acerbo, triste, airado, fué venido:
Y al fin él, confundido de alboroto,
Atravesado y roto de mil hierros,
Pidiendo de sus yerros venia al cielo,
Puso en el duro suelo la hermosa
Cara, como la rosa matutina,
Cuando ya el sol declina á medio dia,

Que pierde su alegría, y marchitando
Va la color mudando, ó en el campo,
Cual queda el lirio, que el arado
Crudamente cortado al pasar deja,
Del cual aun no se aleja presuroso
Aquel color hermoso, ó se destierra;
Mas ya la madre tierra descuidada
No le administra nada de su aliento,
Que era el sustentamiento y vigor suyo:
Tal está el rostro tuyo en el arena,
Fresca rosa, azucena blanca, y pura.

Tras esta una pintura extraña tira
Los ojos de quien mira, y los detiene
Tanto, que no conviene mirar cosa
Estraña ni hermosa, sino aquella,
De vestidura bella allí vestidas
Las Gracias esculpidas se veian:
Solamente traian un delgado
Velo, que el delicado cuerpo viste,
Mas tal que no resiste á nuestra vista.
Su diligencia en vista demostraban;
Todas tres ayudaban en un hora
A una muy gran señora que paria,
Un infante se via ya nacido,

Tal, cual jamas salido de otro parto
Del primer siglo al cuarto vió la luna.
En la pequeña cuna se leía.
Un nombre que decia, Don Fernando.
Bajaban dél hablando de dos cumbres
Aquellas nueve lumbres de la vida:
Con ligera corrida iba con ellas,
Cual luna con estrellas, el mancebo
Intonso y rubio Febo; y en llegando,
Por órden abrazando todas fuéron
El niño, que tuviéron luengamente.
Vido como presente de otra parte
Mercurio estaba, y Marte cauto y fiero
Viendo el gran Caballero, que encogido
En el reciennacido cuerpo estaba.
Entonces lugar daba mesurado
A Vénus que á su lado estaba puesta.
Ella con mano presta y abundante
Nectar sobre el infante desparcia;
Mas Febo la desvía de aquel tierno
Niño, y daba el gobierno á sus hermanas.
Del cargo estan ufanas todas nueve.
El tiempo el paso mueve, el niño crece,
Y en tierna edad florece y se levanta.

Como feliz planta en buen terreno.
Ya sin preceto ageno daba tales
De su ingenio señales, que espantaban
A los que le criaban. Luego estaba
Como una le entregaba á un gran maestro,
Que con ingenio diestro y vida honesta
Hiciese manifiesta al mundo y clara
Aquella ánima rara que allí via.
Al niño recibia con respeto
Un viejo, en cuyo aspeto se via junto
Severidad á un punto con dulzura.
Quedó desta figura como helado
Severo y espantado viendo al viejo,
Que como si en espejo se mirara,
En cuerpo, edad, y cara eran conformes.
En esto el rostro á Tórmes revolviendo,
Vió que estaba riendo de su espanto.
De que te espantas tanto? dijo el rio:
¿No basta el saber mio á que primero
Que naciese Severo, yo supiese
Que habia de ser quien diese la doctrina
Al ánima divina deste mozo?
Él lleno de alborozo y de alegría,
Sus ojos mantenia de pintura.

Miraba otra figura de un mancebo,
El cual venia con Febo mano á mano
Al modo cortesano. En su manera,
Juzgáralo cualquiera, viendo el gesto
Lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,
Por un hombre perfeto en la alta parte
De la difícil arte cortesana,
Maestra de la humana y dulce vida.
Luego fué conocida de Severo
La imágen por entero fácilmente
Deste que allí presente era pintado,
Vió que era el que habia dado á D. Fernando,
Su ánimo formando en luenga usanza,
El trato, la crianza y gentileza,
La dulzura y llaneza acomodada,
La virtud apartada, generosa,
Y en fin cualquiera cosa que se via
En la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.
Despues de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, que se llama
Boscan, de cuya llama clara y pura
Sale el fuego que apura sus escritos,
Que en siglos infinitos tendrán vida.

De algo mas crecida edad miraba
Al niño que escucha sus consejos,
Luego los aparejos ya de Marte,
Estotro puesto á parte, le traía.
Así les convenia á todos ellos,
Que no pudiera dellos dar noticia
A otro la milicia en muchos años.
Obraba los engaños de la lucha:
La maña y fuerza mucha y ejercicio,
Con el robusto oficio está mezclando.
Allí con rostro blando y amoroso
Vénus aquel hermoso mozo mira,
Y luego le retira por un rato
De aquel áspero trato y son de hierro:
Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
Armar contino el pecho de dureza,
No dando á la terneza alguna puerta.
Entrada en una huerta, con él siendo,
Una ninfa durmiendo le mostraba.
El mozo la miraba, y juntamente
De súbito accidente acometido,
Estaba embebecido, y á la diosa,
Que á la Ninfa hermosa se allegase
Mostraba que rogase: y parecia

Que la diosa temia de llegarse.
Él no podia hartarse de miralla,
Eternamente amalla prometiendo.
Luego venia corriendo Marte airado,
Mostrándose alterado en la persona,
Y daba una corona á DON FERNANDO,
Y estábale mostrando un caballero,
Que con semblante fiero amenazaba
Al mozo, que quitaba el nombre á todos.
Con atentados modos se movia
Contra el que le atendia en una puente
Mostraba claramente la pintura
Que acaso noche escura entonces era.
De la batalla fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba
Y al mozo coronaba en el fin della,
El cual como la estrella relumbrante,
Que el sol envia delante, resplandece.
De allí su nombre crece, y se derrama
Su valerosa fama á todas partes.
Luego con nuevas artes se convierte
A hurtar á la muerte y á su abismo
Gran parte de sí mismo, y quedar vivo
Cuando el vulgo cautivo le llorare,

Y muerto le llamare con deseo,
Estaba el Himeneo allí pintado
El diestro pie calzado en lazos de oro.
De vírgenes un coro está cantando,
Partidas alternando y respondiendo;
Y en un lecho poniendo una doncella,
Que quien atento aquella bien mirase,
Y bien la cotejase en su sentido
Con la que el mozo vido allá en la huerta,
Verá que la despierta y la dormida
Por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
Digna y merecedora de tal hombre.
El almohada el nombre contenia,
El cual Doña Maria Enriquez era.
Apenas tienen fuera á Don Fernando
Ardiendo y deseando estar ya echado:
Al fin era dejado con su esposa,
Dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.
En un pie estaba puesta la fortuna,
Nunca estable ni una, que llamaba
A Fernando que estaba en vida ociosa
Que por dificultosa y ardua via
Quisiera ser su guia y ser primera;

Mas él por compañera toma aquella,
Siguiendo á la que es bella descubierta,
Y juzgada cubierta por disforme:
El nombre era conforme á aquesta fama:
Virtud esta se llama, al mundo rara,
¿Quien tras ella guiara igual en curso,
Sino este, que el dircurso de su lumbre
Forzaba la costumbre de sus años,
No recibiendo engaños sus deseos?
Los montes Pirineos (que se estima
De abajo que la cima está en el cielo,
Y desde arriba el suelo en el infierno)
En medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
Por debajo de puentes cristalinas,
Y por heladas minas van calladas.
El aire las cargadas ramas mueve,
Que el peso de la nieve las desgaja.
Por aquí se trabaja el Duque osado,
Del tiempo contrastado y de la via,
Con clara compañía de ir delante.
El trabajo constante y tan loable
Por la Francia mudáble enfin le lleva.
La fama en él renueva la presteza:

La cual con ligereza iba volando,
Y con el gran FERNANDO se paraba,
Y le significaba en modo y gesto
Que el caminar muy presto convenia.
De todos escogia el Duque uno,
Y entrambos de consumo cabalgaban;
Los caballos mudaban fatigados;
Mas á la fin llegados á los muros
Del gran Paris seguros; la dolencia
Con su débil presencia y amarilla
Bajaba de la silla al Duque sano,
Y con pesada mano le tocaba.
Ni luego comenzaba á demudarse,
Y amarillo pararse y á dolerse.
Luego pudiera verse de travieso
Venir por un espeso bosque ameno
De buenas yerbas lleno y medicina.
Esculapio, y camina no parando
Hasta donde FERNANDO está en el lecho.
Entró con pie derecho, y parecia
Que le restituia en tanta fuerza,
Que á proseguir se esfuerza su viage
Que le llevó al pasage del gran Reno.
Tomábale en su seno el caudaloso

Y claro rio, gozoso de tal gloria,
Trayendo á la memoria cuando vino
El vencedor Latino al mesmo paso.
No se mostraba escaso de sus ondas;
Antes con aguas hondas que engendraba,
Los bajos igualaba, y al liviano
Barco daba de mano: el cual volando,
Atras iba dejando muros, torres.
Con tanta priesa corres, navecilla,
Que llegas do amancilla una doncella,
Y once mil mas con ella, y mancha el suelo
De sangre, que en cielo está esmaltada:
Ursula desposada y vírgen pura
Mostraba su figura, en una pieza
Pintada su cabeza. Allí se via
Qué los ojos volvia ya espirando,
Y estábala mirando aquel tirano
Que con acerbá mano llevó á hecho
De tierno en tierno pecho su compaña.
Por la fiera Alemaña de aquí parte
El Duque á aquella parte enderezado
Donde el cristiano estado estaba en dubio.
En fin al gran Danubio se encomienda:
Por él suelta la rienda á su navío,

Que con poco desvío de la tierra
Entre una y otra sierra el agua hiende.
El remo, que desciende en fuerza suma,
Mueve la blanca espuma como argento.
El veloz movimiento parecia
Que pintado se via ante los ojos.
Con amorosos ojos adelante
Carlo, César triunfante, le abrazaba
Cuando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del Imperio
Estaba el Magisterio de la tierra
Convocado á la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
Los ojos en Fernando; y en el punto
Que á sí le viéron junto, se prometen
De cuanto allí acometen la victoria.
Con falsa y vana gloria y arrogancia,
Con bárbara jactancia allí se via
A los fines de Ungria el campo puesto
De aquel que füé molesto en tanto grado
Al Ungaro cuitado y afligido;
Las armas y el vestido á su costumbre.
Era la muchedumbre tan estraña,
Que apenas la campaña la abrazaba,

Ni á dar pasto bastaba, ni agua el rio.
César con zelo pio, y con valiente
Animo aquella gente despreciaba.
La suya convocaba, y en un punto
Vieras un campo junto de naciones
Diversas y razones; mas de un zelo.
No ocupaba el suelo en tanto grado
Con número sobrado y infinito
Como el campo maldito; mas mostraban
Virtud con que sobraban su contrario,
Animo voluntario, industria y maña.
Con generosa saña y viva fuerza
FERNANDO los esfuerza y los recoge,
Y á sueldo suyo coge muchos dellos.
De un arte usaba entre ellos admirable:
Con el disciplinable Aleman fiero
A su manera y fuero conversaba:
A todo se aplicaba de manera,
Que el Flamenco dijera que nacido
En Flandes habia sido: y el osado
Español y sobrado, imaginando
Ser suyo DON FERNANDO y de su suelo,
Demanda sin rezelo la batalla.
Quien mas cerca se halla del gran hombre

Piensa que crece el nombre por su ~~vido~~
El canto Italiano nota y mira,
Los ojos nunca tira del guerrero,
Y aquel valor primero de su gente
Junto en este y presente considera.
En él ve la manera misma y maña
Del que pasó en España sin tardanza,
Siendo solo esperanza de su tierra,
Y acabó aquella guerra peligrosa
Con mano poderosa y con estrago
De la fiera Cartago y de su muro;
Y del terrible y duro su caudillo,
Cuyo agudo cuchillo á la garganta
Italia tuvo tantas veces puesto.
Mostrábase tras esto allí esculpida
La envidia carcomida, á sí molesta:
Contra Fernando puesta frente á frente
La desvalida gente convocaba,
Y contra aquel la armaba, y con sus artes
Busca por todas partes daño y mengua.
Él con su mansa lengua y largas manos
Los tumultos livianos asentando,
Poco á poco iba alzando tanto el vuelo,
Que la envidia en el cielo le miraba;

Y *como* no bastaba á la conquista,
Vencida ya su vista de tal lumbre,
Forzaba su costumbre, y parecia
Que perdon le pidia en tierra echada.
Él, despues de pisada, descansando
Quedaba y aliviado de este enojo;
Y lleno del despojo desta fiera;
Hallabà en la ribera del gran rio
De noche, al puro frio del sereno,
A César, que en su seno está penoso
Del suceso dudoso desta guerra:
Que aunque de sí destierra la tristeza,
Del caso la grandeza trae consigo
El pensamiento amigo del remedio.
Entrambos buscan medio convenible
Para que aquel terrible furor loco
Les empeciese poco, y recibiese
Tal estrago, que fuese destrozado.
Despues de haber hablado, ya cansados,
En la yerba acostados se dormian:
El gran Danubio oían ir sonando,
Casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo rio se via
Que del agua salia muy callado,

De sauces coronado, y de un vestido
De las ovas tejido mal cubierto,
Y en aquel sueño incierto les mostraba
Todo cuanto tocaba al gran negocio.
Parecia que el ocio sin provecho
Les sacaba del pecho; porque luego
(Como si en vivo fuego se quemara
Alguna cosa rara) se levanta
Del gran sueño, y se espantan alegrando
El ánimo, y alzando la esperanza.
El Rio sin tardanza parecia
Que el agua disponia al gran viage;
Allanaba el pasage y la corriente,
Para que fácilmente aquella armada
Que habia de ser guiada por su mano,
En el remar liviano y dulce viese
Cuanto el Danubio fuese favorable
Con presteza admirable vieras junto
Un ejército á punto denodado,
Y despues de embarcado, el remo lento,
El duro movimiento de los brazos,
Los pocos embarazos de las ondas
Llevaban por las ondas aguas presta
El armada molesta al gran tirano.

El artificio humano no hiciera
Pintura que exprimiera vivamente
El armada, la gente, el curso, el agua:
Y apenas en la fragua (donde sudan
Los Ciclopes, y mudan fatigados
Los brazos ya cansados del martillo)
Pudiera así exprimillo el gran maestro.
Quien viera el curso diestro por la clara
Corriente, bien jurara á aquellas horas,
Que las agudas proas dividian
El agua, y la hendian con sonido,
Y el rastro iba seguido. Luego vieras
Al viento las banderas tremolando,
Las ondas imitando en el moverse.
Pudieran tambien verse casi viva
La otra gente esquiva y descreida,
Que de ensoberbecida y arrogante
Pensaba que delante no hallaran
Hombres que se pararan á su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
Remos iban metiendo con tal gana,
Que iba de espuma cana el agua llena.
El temor enajena al otro bando:
El sentido, volando de uno en uno,

Entrábase importuno por la puerta
De la opinion incierta: y siendo dentro,
En el íntimo centro allá del pecho
Les dejaba deshecho un yelo frio,
El cual como un gran rio en flujos gruesos
Por medulas y huesos discurria.
Todo el campo se via conturbado
Y con arrebatado movimiento,
Solo del salvamento platicaban.
Luego se levantaban con desórden:
Confusos y sin órden caminando,
Atras iban dejando con rezelo
Tendida por el suelo su riqueza.
Las riendas, dó pereza y el fornicio,
Con todo bruto vicio obrar solian,
Sin ellas se partian. Así armadas
Eran desamparadas de sus sueños.
A grandes y pequeños juntamente
Era el temor presente por testigo,
Y el áspero enemigo á las espaldas
Que les iba las faldas ya mordiendo.
César estar teniendo allí se via
A Fernando, que ardia sin tardanza
Por colorar su lanza en turca sangre.

Con animosa hambre y con denuedo
Forceja con quien quedo estar le manda.
Como lebrel de Irlanda generoso
Que el jabalí cerdoso y fiero mira,
Rebátase, sospira, fuerza y riñe,
Y apenas le constriñe el atadura,
Que el dueño con cordura mas aprieta:
Así estaba perfeta y bien labrada
La imágen figurada de Fernando.
Que quien allí mirándola estuviera,
Que era desta manera lo juzgara.
Resplandeciente y clara de su gloria
Pintada la victoria se mostraba:
A César abrazaba, y no parando
Los brazos á Fernando echaba al cuello.
Él mostraba de aquello sentimiento
Por ser el vencimiento tan holgado.
Estaba figurado un carro estraño
Con el despojo y daño de la gente
Bárbara: y juntamente allí pintados
Cautivos amarrados á las ruedas,
Con hábitos y sedas variadas:
Lanzas rotas, celadas y banderas,
Armaduras ligeras de los brazos,

Escudos en pedazos divididos
Vieras allí cogidos en trofeo,
Con que el comun deseo y voluntades
De tierras y ciudades se alegraba.
Tras esto blanqueaba falda y seno
Con velas al Tirreno del armada
Sublime y ensalzada y gloriosa.
Con la proa espumosa las galeras
Como nadantes fieras el mar cortan;
Hasta que en fin aportan con corona
De lauro á Barcelona: do cumplidos
Los votos ofrecidos y deseos,
Y los grandes trofeos ya repuestos,
Con movimientos prestos de allí luego,
En amoroso fuego todo ardiendo,
El Duque iba corriendo, y no paraba.
Cataluña pasaba, atras la deja:
Ya de Aragon se aleja, y en Castilla
Sin bajar de la silla los pies pone.
El corazon dispone al alegría
Que vecina tenia, y reserena
Su rostro, y enajena de sus ojos
Muerte, daños, enojos, sangre y guerra
Con solo amor se encierra sin respeto,

Y el amoroso afecto y zelo ardiente
Figurado y presente está en la cara :
Y la consorte cara presurosa ,
De un tal placer dudosa , aunque lo via ,
El cuello le ceñia un nudo estrecho
De aquellos brazos hecho delicados :
De lágrimas preñados relumbraban
Los ojos que sobraban al sol claro.
Con su FERNANDO caro , y señor pio
La tierra, el campo, el rio, el monte, el llano,
Alegres á una mano estaban todos ;
Mas con diversos modos lo decian ,
Los muros parecian de otra altura :
El campo en hermosura de otras flores
Pintaban mil colores disconformes :
Estaba el mismo Tórmes figurado ,
En torno rodeado de sus ninfas ,
Vertiendo claras linfas con instancia
En mayor abundancia que solia :
Del monte se veia el verde seno
De ciervos todo lleno , corzos , gamos ,
Que de los tiernos ramos van rumiando :
El llano está mostrando su verdura ,
Tendiendo su llanura así espaciosa ,

Que á la vida curiosa nada empece,
Ni deja en que tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
Mas de un embebecido gozo, estaban
Cuantos consideraban la presencia
Deste, cuya excelencia el mundo canta,
Cuyo valor quebranta al turco fiero.
Aquesto vio SEVERO por sus ojos;
Y no fuéron antojos ni ficciones:
Si oyeras sus razones, yo te digo
Que como buen testigo le creyeras.
Contaba muy de veras, que mirando
Atento, y contemplando las pinturas,
Hallaba en las figuras tal destreza,
Que con mayor viveza no pudieran
Estar, si ser les dieran vivo y puro.
Lo que dellas escuro allí hallaba,
Y el ojo no bastaba á recogello,
El rio le daba dello gran noticia.
Este de la milicia, dijo al rio,
La cumbre y señorío tendrá solo
Del uno al otro polo: y porque espantes
A todos cuantos cantes los famosos
Hechos tan gloriosos, tan ilustres,

Sabe que en cinco lustres de sus años
Hará tantos engaños á la muerte,
Que con ánimo fuerte habrá pasado
Por cuanto aquí pintado dél has visto.
Ya todo lo has previsto, vamos fuera,
Dejarte he en la ribera do estar sueles:
Quiero que me reveles tú primero,
Le replicó Severo, que es aquello:
Que de mirar en ello se me ofusca
La vista: así corusca y resplandece,
Y tan claro parece allí en la urna,
Como en hora nocturna la cometa.
Amigo, no se meta, dijo el viejo,
Ninguno, le aconsejo, en este suelo
En saber mas que el cielo le otorgare:
Y sino te mostrare lo que pides,
Tú mismo me lo impides; porque en tanto
Que el mortal velo y manto el alma cubren,
Mil cosas se te encubran, que no bastan
Tus ojos, que contrastan, á mirallas.
No pude yo pintallas con menores
Luces y resplandores; porque sabe,
(Y aquesto en tí bien cabe) que esto todo
Que en excesivo modo resplandece

Tanto, que no parece ni se muestra,
Es lo que aquella mano osada,
Y virtud sublimada de FERNANDO
Acabarán entrando mas los dias.
Lo cual con lo que vias comparado,
Es como con nublado muy escuro
El sol ardiente, puro y relumbrante.
Tu vista no es bastante á tanta lumbre,
Hasta que la costumbre de miralla
Tu ver al contemplalla no confunda.
Como en cárcel profunda el encerrado,
Que súbito sacado, le atormenta
El sol que se presenta á sus tiniebla;
Así tú que las nieblas y honduras,
Metido en estrechuras, contemplabas
Que era cuanto mirabas otra gente,
Viendo tan diferente suerte de hombre,
No es mucho que te asombre luz tamaña,
Pero véte, que baña el sol hermoso
Su carro presuroso ya en las ondas,
Y antes que me respondas será puesto.
Diciendo así, con gesto muy humano
Tomóle por la mano. O admirable
Caso y cierto espantable! que en saliendo

Se fuéron restriñendo de una parte
Y de otra de tal arte aquellas ondas,
Que las aguas que hondas ser solian,
El suelo descubrian y dejaban
Seca por do pasaban la carrera,
Hasta que en la ribera se halláron:
Y como se paráron en un alto,
El viejo de allí un salto dió con brio,
Y levantó del rio espuma al cielo,
Y conmovió del suelo negra arena.
SEVERO ya de agena ciencia instruto,
Fuése á coger el fruto sin tardanza
De futura esperanza, y escribiendo,
Las cosas fué esprimiendo muy conformes
A las que habia de Tórmes aprendido:
Y aunque de mi sentido él bien juzgase
Que no las alcanzase, no por eso
Este largo proceso sin pereza
Dejó por su nobleza de mostrarme.
Yo no podia hartarme allí leyendo;
Y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO.

Espantado me tienes

Con tan estraño cuento,
Y al son de tu hablar embebecido:
Acá dentro me siento,
Oyendo tantos bienes
Y el valor de este Príncipe escogido,
Bullir con el sentido,
Y arder con el deseo;
Por contemplar presente
Aquel que estando ausente,
Por tu divina relacion ya veo.
¡Quien viese la escritura,
Ya que no puede verse la pintura!
Por firme y verdadero,
Despues que te he escuchado,
Tengo que ha de sacar Albanio cierto:
Que segun me has contado
Bastará tu Severo
A dar salud á un vivo, y vida á un muerto:
Que á quien fué descubierto
Un tamaño secreto,
Razon es que se crea
Que cualquiera que sea
Alcanzará con su saber perfeto
Y á las enfermedades

Aplicará contrarias calidades.

NEMOROSO.

¿Pues, en que te resumes, di, Salicio,
Acerca deste enfermo compañero?

SALICIO.

En que hagamos el debido oficio.
Luego de aquí partamos, y primero
Que haga curso el mal y se envejezca,
Así le presentemos á Severo.

NEMOROSO.

Yo soy contento, y antes que amanezca
Y que del sol el claro rayo ardiente
Sobre las altas cumbres se parezca,
El compañero mísero y doliente
Llevemos luego donde cierto entiendo
Que será guarecido fácilmente.

SALICIO.

Recoge tu ganado, que cayendo
Ya de los altos montes las mayores
Sombras con ligereza van corriendo.
Mira en torno, y verás por los alcores
Salir el humo de las caserías

De aquestos comarcanos labradores.
Recoge tus ovejas y las mias,
Y véte tú con ellas poco á poco
Por aquel mismo valle que solias.
Yo solo me avendré con nuestro loco;
Que pues que hasta aquí no se ha movido,
La braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO.

Si llegas antes, nó te estés dormido:
Apareja la cena, que sospecho
Que aun fuego GALAFRON no habrá encendido.

SALICIO.

Yo lo haré, que al hato iré derecho,
Si no me lleva á despeñar consigo
De algun barranco ALBANIO á mi despecho.
A Dios hermano.

NEMOROSO.

A Dios SALICIO amigo.

EGLOGA III.

TIRRENO. ALCINO.

Aquella voluntad honesta y pura,
Ilustre y hermosísima María,
Que en mí de celebrar tu hermosura,
Tu ingenio y tu valor estar solia,
A despecho y pesar de la ventura
Que por otro camino me desvía,
Está y estará en mí tanto clavada,
Cuanto del cuerpo el alma acompañada.
Y aun no se me figura que me toca,
Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el estigio lago conducida,
Celebrândose irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.
Mas la fortuna, de mi mal no harta,
Me aflige, y de un trabajo en otro lleva:
Ya de la patria, ya del bien me aparta,

Ya mi paciencia en mil maneras prueba;
Y lo que siento mas es que la carta
Donde mi pluma tu alabanza mueva,
Poniendo en su lugar cuidados vanos,
Me quita y me arrebata de las manos.
Pero por mas que en mí su fuerza pruebe,
No tornará mi corazon mudable:
Nunca dirán jamas que me remueve
Fortuna de un estudio tan loable.
Apolo y las Hermanas todas nueve
Me darán ocio y lengua, con que hable
Lo menos de lo que en tu ser cupiere;
Que esto será lo mas que yo pudiere.
Entanto no te ofenda ni te harte
Tratar del campo y soledad que amaste,
Ni desdeñes aquesta inculta parte
De mi estilo que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte,
Do apanas hay quien su furor contraste,
Hurté de tiempo por aquesta breve suma,
Tomando ora la espada, ora la pluma.
Aplica pues un rato los sentidos
Al bajo son de mi zampoña ruda,
Indigna de llegar á tus oidos.

Pues de ornamento y gracia va desnuda;
Mas á las veces son mejor oidos
El puro ingenio y lengua casi muda,
Testigos limpios de ánimo inocente,
Que la curiosidad del elocuente.
Por aquesta razon de tí escuchado,
Aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
Con recibillo tú, yo me enriquezco.
De cuatro Ninfas, que del Tajo amado
Saliéron juntas, á cantar me ofrezco,
Filódoce, Dinámene, y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.
Cerca del Tajo en soledad amena
De verdes sauces hay una espesura,
Toda de yedra revestida y llena,
Que por el tronco va hasta la altura,
Y así la teje arriba y encadena,
Que el sol no halla paso á la verdura:
El agua baña el prado con sonido
Alegrando la yerba y el oido.
Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
Que pudieran los ojos el camino

Determinar apenas que llevaba.
  Peinando sus cabellos de oro fino,
  Una ninfa del agua do moraba
  La cabeza sacó, y el prado ameno
  Vido de flores y de sombra lleno.
Movióla el sitio ombroso, el manso viento;
  El suave olor de aquel florido suelo.
  Las aves en el fresco apartamiento
  Vió descansar del trabajoso vuelo.
  Secaba entonces el terreno aliento
  El sol subido en la mitad del cielo.
  En el silencio solo se escuchaba
  Un susurro de abejas que sonaba.
Habiendo contemplado una gran pieza
  Atentamente aquel lugar sombrío,
  Somorgujó de nuevo su cabeza,
  Y al fondo se dejó calar del rio.
  A sus hermanas á contar empieza
  Del verde sitio el agradable frio,
  Y que vayan las ruega y amonesta
  Allí con su labor á estar la siesta.
No perdió en esto mucho tiempo el ruego;
  Que las tres dellas su labor tomáron;
  Y en mirando de fuera, viéron luego

El prado, hácia el cual enderezáron.
El agua clara con lascivo juego
Nadando dividiéron y cortáron,
Hasta que el blanco pie tocó mojado,
Saliendo de la arena, el verde prado.
Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
Escurriéron del agua sus cabellos:
Los cuales esparciendo, cobijadas
Las hermosas espaldas fuéron dellos.
Luego sacando telas delicadas,
Que en delgadeza competian con ellos,
En lo mas escondido se metiéron,
Y á su labor atentas se pusiéron.
Las telas eran hechas y tejidas
Del oro que el felice Tajo envia,
Apurado, despues de bien cernidas
Las menudas arenas do se cria,
Y de las verdes hojas reducidas.
En estambre sotil, cual convenia
Para seguir el delicado estilo
Del oro ya tirado en rico hilo.
La delicada estambre era distinta
De las colores que antes le habian dado
Con la fineza de la varia tinta

Que se halla en las conchas del pescado.
Tanto artificio muestra en lo que pinta
Y teje cada Ninfa en su labrado,
Cuanto mostráron en sus tablas antes
El celebrado Apéles y Timántes.
Filódoce, que así de aquellas era
Llamada la mayor, con diestra mano
Tenia figurada la ribera
De Estrimon, de una parte el verde llano,
Y de otra el monte de aspereza fiera,
Pisado tarde ó nunca de pie humano,
Donde el amor movió con tanta gracia
La dolorosa lengua del de Tracia.
Estaba figurada la hermosa
Eurídice en el blanco pie mordida
De la pequeña sierpe ponzoñosa
Entre la yerba y flores escondida:
Descolorida estaba como rosa
Que ha sido fuera de sazon cogida,
Y el ánimo, los ojos va volviendo,
De la hermosa carne despidiendo.
Figurado se via estensamente
El osado marido que bajaba
Al triste reino de la escura gente,

Y la muger perdida recobrada :
Y como despues desto el impaciente
Por mirarla de nuevo, la tornaba
A perder otra vez, y del tirano
Se queja al monte solitario en vano.
Dinámene no menos artificio
Mostraba en la labor que habia tejido,
Pintando á Apolo en el robusto oficio
De la silvestre caza embebecido.
Mudar presto le hace el ejercicio
La vengativa mano de Cupido,
Que hizo á Apolo consumirse en lloro
Despues que le enclavó con punta de oro.
Dafne con el caballo suelto al viento,
Sin perdonar al blanco pie, corria
Por áspero camino, tan sin tiento,
Que Apolo en la pintura parecia
Que porque ella templase el movimiento,
Con menos ligereza la seguia.
Él va siguiendo, y ella huye como
Quien siente al pecho el odioso plomo.
Mas á la fin los brazos le crecian,
Y en sendos ramos vueltos se mostraban.
Y los cabellos, que vencer solian

Al oro fino, en hojas se tornaban:
En torcidas raices se estendian
Los blancos pies, y en tierra se hincaban.
Llora el amante, y busca el ser primero,
Besando y abrazando aquel madero.
Climéne llena de destreza y maña,
El oro y las colores matizando
Iba, de hayas una gran montaña,
De robles y de peñas variando,
Un puerco entre ellas de braveza estraña
Estaba los colmillos aguzando
Contra un mozo, no menos animoso,
Con su venablo en mano, que hermoso.
Tras esto el puerco allí se via herido
De aquel mancebo por su mal valiente,
Y el mozo en tierra estaba ya tendido,
Abierto el pecho del rabioso diente:
Con el cabello de oro desparcido
Barriendo el suelo miserablemente.
Las rosas blancas por allí sembradas
Tornaba con su sangre coloradas.
Adónis este se mostraba que era,
Segun se muestra Vénus dolorida,
Que viendo la herida abierta y fiera,

Sobre él estaba casi amortecida.
Boca con boca coge la postrera
Parte del aire que solia dar vida
Al cuerpo, por quien ella en este suelo
Aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó á destajo
De los pasados casos la memoria,
Y en la labor de su sutil trabajo
No quiso entretejer antigua historia;
Antes mostrando de su claro Tajo
En su labor la celebrada gloria,
Lo figuró en la parte donde baña
La mas felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso rio se via,
Que en áspera estrecheza reducido,
Un monte casi al rededor ceñia
Con ímpetu corriendo y con ruido:
Querer cercarle todo parecia
En su volver; mas era afan perdido:
Dejábase correr en fin derecho,
Contento de lo mucho que habia hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre
Del monte, y desde allí por él sembrada
Aquella ilustre y clara pesadumbre

De antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
El Tajo va siguiendo su jornada,
Y regando los campos y arboledas
Con artificio de las altas ruedas.
En la hermosa tela se veían
Entretejidas las silvestres diosas
Salir de la espesura, y que venian
Todas á las riberas presurosas,
En el semblante tristes, y traian
Cestillos blancos de purpúreas rosas,
Las cuales esparciendo derramaban
Sobre una Ninfa muerta, que lloraban.
Todas con el cabello desparcido
Lloraban una Ninfa delicada,
Cuya vida mostraba que habia sido
Antes de tiempo, y casi en flor cortada:
Cerca del agua en un lugar florido
Estaba entre las yerbas degollada,
Cual queda el blanco cisne cuando pierde
La dulce vida entre la yerba verde.
Una de aquellas Diosas que en belleza,
Al parecer, á todas excedia,
Mostrando en el semblante la tristeza

Que del funesto y triste caso habia,
Apartada algun tanto, en la corteza
De un álamo unas letras escribia,
Como epitafio de la Ninfa bella,
Que hablaban así por parte della.
Elisa soy, en cuyo nombre suena
Y se lamenta el monte cavernoso,
Testigo del dolor y grave pena
En que por mí se aflige Nemoroso,
Y llama á Elisa: Elisa á boca llena
Responde el Tajo, y lleva presuroso
Al mar de Lusitania el nombre mio,
Donde será escuchado, yo lo fio.
En fin, en esta tela artificiosa
Toda la historia estaba figurada,
Que en aquella ribera deleitosa
De Nemoroso fué tan celebrada;
Porque de todo aquesto y cada cosa
Estaba Nise ya tan informada,
Que llorando el pastor, mil veces ella
Se enterneció escuchando su querella.
Y porque aqueste lamentable cuento
No solo entre las selvas se contase,
Mas dentro de las ondas sentimiento

Con la noticia desto se mostrase,
Quiso que de su tela el argumento
La bella Ninfa muerta señalase;
Y así se publicase de uno en uno
Por el húmido reino de Netuno.
Destas historias tales variadas
Eran las telas de las cuatro hermanas,
Las cuales con colores matizadas,
Y claras luces de las sombras vanas,
Mostraban á los ojos relevadas
Las cosas y figuras que eran llanas,
Tanto, que al parecer el cuerpo vano
Pudiera ser tomado con la mano.
Los rayos ya del sol se trastornaban,
Escondiendo su luz al mundo cara.
Tras altos montes, y á la luna daban
Lugar para mostrar su blanca cara:
Los peces á menudo ya saltaban,
Con la cola azotando el agua clara
Cuando las Ninfas, la labor dejando,
Hácia el agua se fuéron paseando.
En las templadas ondas ya metidos
Tenian los pies, y reclinar querian
Los blancos cuerpos, cuando sus oidos

Fuéron de dos zampoñas que tañian
Suave y dulcemente detenidos,
Tanto, que sin mudarse las olas,
Y al son de las zampoñas escuchaban
Dos pastores á veces que cantaban.
Mas claro cada vez el son se oía
De los pastores, que venian cantando
Tras el ganado, que tambien venia
Por aquel verde soto caminando;
Y á la majada, ya pasado el dia,
Recogido le llevan, alegrando
Las verdes selvas con el son suave,
Haciendo su trabajo menos grave.
Tirreno destos dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados,
Y sobre cuantos pacen la ribera
Del Tajo con sus vacas enseñados:
Mancebos de una edad, de una manera
A contar juntamente aparejados
Y á responder: aquesto van diciendo,
Contando el uno, el otro respondiendo.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa

Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno:
Si tu respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribaras primero
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,
Y de tí despojado yo me vea,
Cual queda el tronco de su verde rama,
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Céfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosos esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera:

En tal manera á mi Flérida mia
Viniendo reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
A la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece:
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado: el verde monte ofrece
A las fieras salvages su gobierno:
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos,
Si dello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido

El monte, el campo, el soto y el ganado:
La malicia del aire corrompido
Hace morir la yerba mal su grado:
Las aves ven su descubierto nido,
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo:
De la hermosa Vénus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo:
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo:
Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura,
Donde quiera mirado, Filis, haya,

Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.
Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
Le respondió: y habiendo ya acabado
El dulce son, siguiéron su camino
Con paso un poco mas apresurado.
Siendo á la Ninfas ya el rumor vecino,
Juntas se arrojan por el agua á nado;
Y de la blanca espuma que moviéron,
Las cristalinas hondas se cubiéron.

ELEGIA

AL DUQUE DE ALBA,

EN LA MUERTE DE DON BERNARDINO DE TOLEDO SU HERMANO.

Aunque este grave caso haya tocado
Con tanto sentimiento el alma mia,
Que de consuelo estoy necesitado,
Con que de su dolor mi fantasía

Se descargase un poco, y se acabase
De mi contino llanto la porfía;
Quise pero probar si me baste
El ingenio á escribirte algun consuelo,
Estando cual estoy, que aprovechase
Para que tu reciente desconsuelo
La furia mitigase, si las Musas
Pueden un corazon alzar del suelo,
Y poner fin á las querellas que usas,
Con que de Pindo ya las moradoras
Se muestran lastimadas y confusas:
Que segun he sabido, ni á las horas
Que el sol se muestra, ni en el mar se esconde,
De tu lloroso estado no mejoras;
Antes en él permaneciendo, donde
Quiera que estás tus ojos siempre bañas,
Y el llanto á tu dolor así responde,
Que temo ver deshechas tus entrañas
En lágrimas, como al lluvioso viento
Se derrite la nieve en las montañas.
Si acaso el trabajoso pensamiento
En el comun reposo se adormece,
Por tornar al dolor con nuevo aliento,
En aquel breve sueño te aparece

La imágen amarilla del hermano
Que de la dulce vida desfallece :
Y tú , tendiendo la piadosa mano ,
Probando á levantar el cuerpo amado ,
Levantas solamente el aire vano :
Y del dolor el sueño desterrado ,
Con ansia vas buscando el que partido
Era ya con el sueño y alongado ,
Asi desfalleciendo en tu sentido ,
Como fuera de tí , por la ribera
De Trápana con llanto y con gemido
El caro hermano buscas , que solo era
La mitad de tu alma , el cual muriendo
No quedará tu alma toda entera.
Y no de otra manera repitiendo
Vas el amado nombre , en desusada
Figura á todas partes revolviendo
Que cerca del Eridano aquejada
Loró y llamó Lampecia el nombre en vano ,
Con la fraterna muerte lastimada :
Ondas , tornadme ya mi dulce hermano
Faeton , sino aquí veréis mi muerte ,
Regando con mis ojos este llano.
¡ O cuantas veces , con el dolor fuerte

Avivadas las fuerzas, renovaba
Las quejas de su cruda y dura suerte!
Y cuantas otras, cuando se acababa
Aquel furor, en la ribera umbrosa,
Muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!
Bien te confieso que si alguna cosa
Entre la humana puede y mortal gente
Entristecer un alma generosa,
Con gran razon podrá ser la presente;
Pues te ha privado de un tan dulce amigo
(No solamente hermano) un accidente:
El cual no solo siempre fué testigo
De tus consejos, é íntimos secretos,
Mas de cuanto lo fuiste tu contigo,
En él se reclinaban tus discretos
Y honestos pareceres, y hacian
Conformes al asiento sus efectos.
En él ya se mostraban y leían
Tus gracias y virtudes una á una,
O con hermosa luz resplandecian,
Como en luciente de cristal coluna,
Que no encubre de cuanto se avecina
A su viveza pura cosa alguna.
O miserables hados! ó mezquina

Suerte la del estado humano y dura,
Do por tantos trabajos se camina!
Y agora muy mayor la desventura
De aquesta nuestra edad, cuyo progreso
Muda de un mal en otro su figura.
¿A quien ya de nosotros el exceso
De guerras, de peligros y destierro
No toca, y no ha cansado el gran proceso?
¿Quien no vió desparcir su sangre al hierro
Del enemigo? quien no vió su vida
Perder mil veces, y escapar por yerro?
¿De cuantos queda y quedará perdida
La casa, y la muger, y la memoria,
Y de otros la hacienda despendida?
Que se saca de aquesto? alguna gloria?
Algunos premios, ó agradecimientos?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.
Veráse allí que como polvo al viento,
Así se deshará nuestra fatiga
Ante quien se endereza nuestro intento.
No contenta con esto la enemiga
Del humano linage, que envidiosa
Coge sin tiempo el grano de la espiga,
Nos ha querido ser tan rigurosa,

Que ni á tu juventud, Don Bernardino;
Ni ha sido á nuestra perdida piadosa.
Quien pudiera de tal ser adivino?
A quien no le engañara la esperanza,
Viéndole caminar por tal camino?
¿Quien no se prometiera en abastanza
Seguridad entera de tus años,
Sin temer de natura tal mudanza?
Nunca los tuyos, mas los propios daños
Dolernos deben; que la muerte amarga
Nos muestra claros ya mil desengaños,
Hanos mostrado ya que en vida larga
Apenas de tormentos y de enojos
Llevar podemos la pesada carga.
Hanos mostrado en tí que claros ojos,
Y juventud, y gracia, y hermosura
Son tambien cuando quiere sus despojos.
Mas no puede hacer que tu figura,
Despues de ser de vida ya privada,
No muestre el artificio de natura.
Bien es verdad que no está acompañada
De la color de rosa, que solia
Con la blanca azucena ser mezclado:
Porque el calor templado, que encendia

La blanca nieve de tu rostro puro,
Robado ya la muerte te lo habia.
En todo lo demas, como en seguro
Y reposado sueño descansabas,
Indicio dando del vivir futuro.
¿ Mas que hará la madre que tú amabas,
De quien perdidamente eras amado,
A quien la vida con la tuya dabas?
Aquí se me figura que ha llegado.
De su lamento el son, que con su fuerza
Rompe el aire vecino y apartado:
Tras el cual á venir tambien se esfuerza
El de las cuatro hermanas, que teniendo
Va con el de la madre viva fuerza.
A todas las contempló desparciendo
De su cabello luengo el fino oro,
Al cual ultrage y daño estan haciendo.
El viejo Tórmes con el blanco coro
De sus hermosas Ninfas seca el rio,
Y humedece la tierra con su lloro.
No recostado en urna al dulce frio
De su caverna umbrosa, mas tendido
Por el arena en el ardiente estio,
Con ronco son de llanto y de gemido,

Los cabellos y barbas mal paradas
Se despedaza y el sutil vestido.
Entorno dél sus Ninfas desmayadas
Llorando en tierra estan sin ornamento
Con las cabezas de oro despeinadas.
Cese ya del dolor el sentimiento,
Hermosas moradoras del undoso
Tórmes; tened mas provechoso intento:
Consolad á la madre, que el piadoso
Dolor la tiene puesta en tal estado,
Que es menester socorro presuroso.
Presto será que el cuerpo sepultado
En un perpetuo mármol, de las ondas
Podrá de vuestro Tórmes ser bañado.
Y tú, hermoso coro allá en las hondas
Aguas metido, podrá ser que al llanto
De mi dolor te muevas y respondas.
Vos, altos promontorios entretanto
Con toda la Tinacria entristecida,
Buscad alivio en desconsuelo tanto.
Sátiros, Faunos, Ninfas, cuya vida
Sin enojos se pasa, moradores
De la parte respuesta y escondida,
Con luenga experiencia sabidores,

Buscad para consuelo de Fernando
Yerbas de propiedad oculta y flores:
Así en el escondido bosque, cuando
Ardiendo en vivo y agradable fuego
Las fugitivas Ninfas vais buscando,
Ellas se inclinen al piadoso ruego,
Y en recíproco lazo esten ligadas,
Sin esquivar al amoroso juego.
Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
Y tus presentes obras resplandeces,
Y á mayor fama estan por tí obligadas
Contempla donde estás; que si falleces
Al nombre que has ganado entre la gente,
De tu virtud en algo te enflaqueces.
Porque al fuerte varon no se consiente
No resistir los casos de fortuna
Con firme rostro y corazon valiente.
Y no tan solamente esta importuna
Con proceso cruel y riguroso,
Con revolver del sol, de cielo y luna
Mover no debe un pecho generoso,
Ni entristecello con funesto vuelo,
Turbando con molestia su reposo;
Mas si toda la maquina del cielo

Con espantable son y con ruido
Hecha pedazos se viniera al suelo,
Debe ser aterrado y oprimido
Del grave peso y de la gran ruina,
Primero que espantado y conmovido.
Por estas asperezas se encamina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de aquí declina.
En fin, señor, tornando al movimiento
De la humana natura, bien permito
A nuestra flaca parte un sentimiento;
Mas el exceso en esto vedo y quito,
Si alguna cosa puedo, que parece
Que quiere proceder en infinito.
A lo menos el tiempo, que descrece
Y muda de las cosas el estado,
Debe bastar, si la razon fallece.
No fué el Troyano Príncipe llorado
Siempre del viejo padre dolorido,
Ni siempre de la madre lamentado;
Antes, despues del cuerpo redimido
Con lágrimas humildes y con oro,
Qué fué del fiero Aquíles concedido,
Y reprimiendo el lamentable coro

Del Frigio llanto; diéron fin al vano
Y sin provecho sentimiento y lloro,
El tierno pecho, en esta parte humano,
De Vénus ¿ qué sintió, su Adónis viendo
De su sangre regar el verde llano?
Mas desque vido bien que corrompiendo
Con lágrimas sus ojos, no hacia
Sino en su llanto estarse deshaciendo;
Y que tornar llorando no podia
Su caro y dulce amigo de la escura
Y tenebrosa noche al claro dia,
Los ojos enjugó, y la frente pura
Mostró con algo mas contentamiento;
Dejando con el muerto la tristura:
Y luego con gracioso movimiento
Se fué su paso por el verde suelo
Con su guirnalda usada y su ornamento.
Desordenaba con lascivo vuelo
El viento sus cabellos, y su vista
Alegraba la tierra, el mar y el cielo.
Con discurso y razon que es tan prevista,
Con fortaleza y ser que en tí contemplo
A la flaca tristeza se resista.
Tu ardiente gana de subir al Templo

Donde la muerte pierde su derecho.
Te baste sin mostrarte yo otro ejemplo.
Allí verás cuan poco mal ha hecho
La muerte en la memoria y clara fama
De los famosos hombres que ha deshecho.
Vuelve los ojos donde al fin te llama
La suprema esperanza, do perfeta
Sube y purgada el alma en pura llama.
¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
De Alcides consumió la mortal parte
Cuando voló el espirtu al alta meta?
Desta manera aquel por quien reparte
Tu corazon sospiros mil al dia,
Y resuena tu llanto en cada parte,
Subió por la difícil y alta via,
De la carne mortal purgado y puro,
En la dulce region del alegría;
Do con discurso libre ya y seguro
Mira la vanidad de los mortales
Ciegos, erranos en el aire escuro;
Y viendo y contemplando nuestros males,
Alégrase de haber alzado el vuelo
A gozar de las horas inmortales.
Pisa el inmenso y cristalino suelo,

Teniendo puestos de una y de otra mano
El claro padre y el sublime abuelo.
El uno vé de su proceso humano
Sus virtudes estar allí presentes,
Que el áspero camino hacen llano:
El otro, que acá hizo entre las gentes
En la vida mortal menor tardanza,
Sus llagas muestra allá resplandecientes.
Dellas aqueste premio allá se alcanza;
Porque del enemigo no conviene
Procurar en el cielo otra venganza.
Mira la tierra, el mar que la contiene,
Todo lo cual por un pequeño punto
A respeto del cielo juzga y tiene.
Puesta la vista en aquel gran trasunto
Y espejo, do se muestra lo pasado
Con lo futuro y lo presente junto,
El tiempo que á tu vida limitado
De allá arriba te está, Fernando mira,
Y allí vé tu lugar ya deputado.
O bienaventurado! que sin ira,
Sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
Con quien acá se muere y se sospira;
Y en eterna holganza y en sosiego

Vives, y vivirás cuanto encendiere
Las almas del divino amor el fuego!
Y si el cielo piadoso y largo diere
Luenga vida á la voz deste mi llanto,
(Lo cual tu sabes que pretende y quiere)
Yo te prometo, amigo, que entretanto
Que el sol al mundo alumbre, y que la escura
Noche cubra la tierra con su manto,
Y entanto que los peces la hondura
Húmida habitarán del mar profundo,
Y las fieras del monte la espesura,
Se cantará de tí por todo el mundo:
Que encuanto se discurre, nunca visto
De tus años jamas otro segundo
Será desde el Antártico á Calisto.

ELEGIA II.

A BOSCAN.

Aquí, Boscan, donde del buen Troyano
Anquíses con eterno nombre y vida

Conserva la ceniza el Mantuano,
Debajo de la seña esclarecida
De César Africano nos hallamos
La vencedora gente recogida.
Diversos en estudio; que unos vamos
Muriendo por coger de la fatiga
El fruto que con el sudor sembramos:
Otros, que hacen la virtud amiga,
Y premio de sus obras, y así quieren
Que la gente lo piense y que lo diga,
Destotros en lo público difieren;
Y en lo secreto sabe Dios en cuanto
Se contradicen en lo que refieren.
Yo voy por medio, porque nunca tanto
Quise obligarme á procurar hacienda
Que un poco mas que aquellos me levanto.
Ni voy tampoco por la estrecha senda
De los que cierto sé que á la otra via
Vuelven de noche al caminar la rienda
¿Mas donde me llevó la pluma mia,
Que á sátira me voy mi paso á paso,
Y aquesta que os escribo es Elegía?
Yo enderezo, señor, en fin mi paso
Por donde vos sabeis, que su proceso

Siempre ha llevado y lleva Garcilaso :
Y así en mitad de aqueste monte espeso
De las diversidades me sostengo
No sin dificultad, mas no por eso
Dejo las Musas, antes torno, y vengo
Dellas al negociar, y variando
Con ellas dulcemente me entretengo.
Así se van las horas engañando :
Así del duro afan, y grave pena
Estamos algun hora descansando.
De aquí irémos á ver de la Sirena
La patria, que bien muestra haber ya sido
De ocio y de amor antiguamente llena.
Allí mi corazon tuvo su nido
Un tiempo ya; mas no sé, triste! agora
O si estará ocupado ó desparcido.
Desto un frio temor así á deshora
Por mis huesos discurre en tal manera
Que no puedo vivir con él un hora.
Si, triste! de mi bien estado hubiera
Un breve tiempo ausente, yo no niego
Que con mayor seguridad viviera.
La breve ausencia hace el mismo juego
En la fragua de amor, que en fragua ardiente

El agua moderada hace el fuego :
La cual verás que no tan solamente
No suele matar ; mas aun le esfuerza
Con ardor mas intenso y eminente :
Porque un contrario con la poca fuerza
De su contrario por vencer la lucha.
Su brazo aviva, y su valor esfuerza ;
Pero si el agua en abundancia mucha
Sobre el fuego se esparce y se derrama
El humo sube al cielo, el son se escucha,
Y el claro resplandor de viva llama
En polvo y en ceniza convertido,
Apenas queda dél sino la fama.
Así el ausencia larga, que ha esparcido
En abundancia su licor, que amata
El fuego que el amor tenia encendido,
De tal suerte lo deja, que lo trata
La mano sin peligro en el momento
Que en apariencia y son se desbarata.
Yo solo fuera voy de aqueste cuento ;
Porque el amor me aflige y me atormenta;
Y en el ausencia crece el mal que siento :
Y pienso yo que la razon consienta,
Y permita la causa de este efecto,

Que á mí solo entre todos se presenta :
Porque como del cielo yo sujeto
Estaba eternamente y deputado
Al amoroso fuego en que me meto :
Así para poder ser amatado,
El ausencia sin término infinita
Debe ser : y sin tiempo limitado :
Lo cual no habrá razon que lo permita ;
Porque por mas y mas que ausencia dure,
Con la vida se acaba, que es finita.
¿Mas á mí quien habrá que me asegure
Que mi mala fortuna con mudanza
Y olvido contra mí no ne se conjure ?
Este temor persigue la esperanza,
Y oprime y enflaquece el gran deseo
Con que mis ojos van de su holganza.
Con ellos solamente agora veo
Este dolor que el corazon me parte,
Y con él y conmigo aqui peleo.
¡O crudo, ó riguroso, ó fiero Marte,
De túnica cubierto de diamante,
Y endurecido siempre en toda parte !
¿Qué tiene que hacer el tierno amante
Con tu dureza y áspero ejercicio,

Llevado siempre del furor delante?
Ejercitando, por mi mal, tu oficio,
Soy reducido á términos, que muerte
Será mi postrimero beneficio.
Y esta no permitió mi dura suerte
Que me sobreviniese peleando,
De hierro traspasado agudo y fuerte,
Porque me consumiese contemplando
Mi amado y dulce fruto en mano ajena,
Y el duro posesor de mí burlando.
¿Mas donde me transporta y enagena
De mi propio sentido el triste miedo
A parte de vergüenza y dolor llena?
Donde si el mal yo viese, ya no puedo,
Segun con esperalle estoy perdido,
Acrecentar en la miseria un dedo?
Así lo pienso agora, y si él venido
Fuese en su misma forma y su figura,
Tendria el presente por mejor partido;
Y agradeciera siempre á la ventura
Mostrarme de mi mal solo el retrato
Que pinta mi temor y mi tristura.
Yo sé qué cosa es esperar un rato
El bien del propio engaño, y solamente

Tener con él inteligencia y trato.
Como acontece al mísero doliente,
Que del un cabo el cierto amigo y sano
Le muestra el duro mal de su accidente,
Y le amonesta que del cuerpo humano
Comience á levantar á mejor parte
El alma suelta con volar liviano;
Mas la tierna muger, de la otra parte,
No se puede entregar al desengaño,
Y encúbrele del mal la mayor parte:
Él, abrazado con su dulce engaño,
Vuelve los ojos á la voz piadosa,
Y alégrase muriendo con su daño:
Así los quito yo de toda cosa,
Y póngolos en solo el pensamiento
De la esperanza cierta ó lastimosa.
En este dulce error muero contento;
Porque ver claro, y conocer mi estado
No puedo ya curar el mal que siento;
Y acabo como aquel que en un templado
Baño metido sin sentido muere,
Las venas dulcemente desatado.
Tú que en la patria entre quien bien te quiere
La deleitosa playa estás mirando,

Y oyendo el son del mar que en ella hiere,
Y sin impedimento contemplando
La misma á quien tú vas eterna fama
En tus vivos escritos procurando:
Alégrate, que mas hermosa llama,
Que aquella que el Troyano encendimiento
Pudo causar, el córazon te inflama.
No tienes que temer el movimiento.
De la fortuna con soplar contrario;
Que el puro resplandor serena el viento.
Yo, como conducido mercenario,
Voy do fortuna á mi pesar me envía,
Sino á morir, que aquesto es voluntario.
Solo sostiene la esperanza mia
Un tan débil engaño, que de nuevo
Es menester hacelle cada dia:
Y si no le fabrico y le renuevo,
Da consigo en el suelo mi esperanza,
Tanto, que en vano á levantalla pruebo,
Aqueste premio mi servir alcanza,
Que en solo la miseria de mi vida
Negó fortuna su comun mudanza.
¿Donde podré huir, que sacudida
Un rato sea de mí la grave carga

Que oprime mi cerviz enflaquecida?
Mas ay! que la distancia no descarga
El triste corazon, y el mal, do quiera
Que estoy, para alcanzarme el brazo alarga!
Si donde el sol ardiente reverbera
En la arenosa Libia, engendradora
De toda cosa ponzoñosa y fiera:
O adonde es él vencido á cualquiera hora
De la rígida nieve y viento frio,
Parte do no se vive, ni se mora:
Si en esta, ó en aquella el desvarío,
O la fortuna me llevase un dia,
Y allí gastase todo el tiempo mio;
El zeloso temor con mano fria
De medio del calor y ardiente arena
El triste corazon me apretaria:
Y en el rigor del hielo, en la serena
Noche, soplando el viento agudo y puro,
Que el veloce correr del agua enfrena,
De aqueste vivo fuego en que me apuro,
Y consumirme poco á poco espero,
Sé que aun allí no podré estar seguro;
Y así diverso entre contrarios muero.

EPÍSTOLA

A BOSCAN.

Señor boscan, quien tanto gusto tiene
De daros cuenta de los pensamientos,
Hasta en las cosas que no tienen nombre,
No le podrá faltar en vos materia,
Ni será menester buscar estilo
Presto, distinto, de ornamento puro,
Tal cual á culta Epístola conviene.
Entre muy grandes bienes que consigo
El amistad perfeta nos concede,
Es aqueste descuido suelto y puro,
Lejos de la curiosa pesadumbre:
Y así, de aquesta libertad gozando
Digo que vine, cuando á lo primero,
Tan sano como aquel que en doce dias
Lo que solo veréis ha caminado
Cuando el fin de la carta os lo mostrare.
Alargo y suelto á su placer la rienda,
Mucho mas que al caballo, al pensamiento,
Y llévame á las veces por camino

Tan dulce y agradable, que me hace
Olvidar el trabajo del pasado.
Otras me lleva por tan duros pasos,
Que con la fuerza del afan presente,
Tambien de los pasados se me olvida.
A veces sigo un agradable medio
Honesto y reposado, en que el discurso
Del gusto y del ingenio se ejercita.
Iba pensando y discurriendo un dia
A cuantos bienes alargó la mano.
El que de la mitad mostró el camino;
Y luego vos, del amistad ejemplo,
Os me ofreceis en estos pensamientos.
Y con vos á lo menos me acontece
Una gran cosa, al parecer estraña
Y porque lo sepais en pocos versos,
Es, que considerando los provechos,
Las honras y los gustos que me vienen
Desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
Ninguna cosa en mayor precio estimo,
Ni me hace gustar del dulce estado
Tanto como el amor de parte mia,
Este conmigo tiene tanta fuerza,
Que sabiendo muy bien las otras partes

De la amistad, y la estrecheza nuestra,
Con solo aqueste el alma se enternece;
Y yo sé que otramente me aprovecha,
Que el deleite, que suele ser pospuesto
A las útiles cosas y las graves.
Llévame á escudriñar la causa desto
Ver contino tan recio en mi el efeto;
Y hallo que el provecho, el ornamento,
El gusto y el placer que se me sigue
Del vínculo de amor, que nuestro genio
Enredó sobre nuestros corazones,
Son cosas que de mí no salen fuera,
Y en mí el provecho solo se convierte.
Mas el amor (de donde por ventura
Nacen todas las cosas, si hay alguna
Que á vuestra utilidad y gusto mire)
Es gran razon que en muy mayor estima
Tenido sea de mí, que todo el resto,
Cuanto mas generosa y alta parte
Es el hacer el bien, que recibille:
Así que amando me deleito, y hallo
Que no es locura este deleite mio.
O cuan corrido estoy, y arrepentido
De haberos alabado el tratamiento.

Del camino de Francia y las posadas;
Corrido de que ya por mentiroso
Con razon me tendréis, arrepentido
De haber perdido tiempo en alabaros
Cosa tan digna ya de vituperio:
Donde no hallaréis sino mentiras,
Vinos acedos, camareras feas,
Varletes codiciosos, malas postas,
Gran paga, poco argen, largo camino:
Llegar al fin á Napoles, no habiendo
Dejado allá enterrado algun tesoro;
Salvo sino decis que es enterrado
Lo que nunca se hallaba, ni se tiene.
A mi señor Dural estrechamente
Abrazad de mi parte, si pudierdes.
Doce del mes de Otubre, de la tierra
Do nació el claro fuego del Petrarca,
Y donde estan del fuego las cenizas.

CANCION I.

Si á la region desierta, inhabitable
Por el hervor del sol demasiado,

Y sequedad de aquella arena ardiente,
O á la que por el yelo congelado,
Y rigorosa nieve es intratable,
Del todo inhabitada de la gente,
Por algun accidente,
O caso de fortuna desastrada,
Me fuesedes llevada;
Y supiese que allá vuestra dureza
Estaba en su crueza,
Allá os iria á buscar, como perdido,
Hasta morir á vuestros pies tendido,
Vuestra soberbia y condicion esquiva
Acabe ya, pues es tan acabada
La fuerza de en quien ha de ejecutarse.
Mira bien que el amor se desagrada
Deso, pues quiere que el amante viva
Y se convierta á do piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
Y de mis males arrepentimiento,
Confusion y tormento
Sé que os ha de quedar, y esto recelo:
Que aunque de mí me duelo,
Como en mí vuestros males son de otra parte,
Duelenme en mas sensible y tierna parte.

Así pasó la vida acrecentando
Materia de dolor á mis sentidos,
Como si la que tengo no bastase:
Los cuales para todo están perdidos,
Sino para mostrarme á mí cual ando.
Plugüiese á Dios que aquesto aprovechase
Para que yo pensase
Un rato en mi remedio; pues os veo
Siempre con un deseo
De perseguir al triste y al caido:
Yo estoy aquí tendido,
Mostrandoos de mi muerte la señales;
Y vos viviendo solo de mis males.

Si aquella amarillez y los sospiros
Salidos sin licencia de su dueño;
Si aquel hondo silencio, no han podido
Un sentimiento grande ni pequeño
Mover en vos, que baste á convertiros
A siquiera saber que soy nacido:
Baste ya haber sufrido
Tanto tiempo, á pesar de lo que basto;
Que á mi mismo contrasto,
Dándome á entender que mi flaqueza
Me tiene en la estrecheza

En que estoy puesto, y no lo que yo entiendo:
Así que con flaqueza me defiendo.
Cancion, no has de tener
Conmigo mas que ver en malo ó bueno:
Trátame como ageno;
Que no te faltará de quien lo aprendas.
Si has miedo que me ofendas,
No quieras hacer mas por mi derecho
De lo que hice yo, que mal me he hecho.

CANCION II.

La soledad siguiendo,
Rendido á mi fortuna,
Me voy por los caminos que se ofrecen,
Por ellos esparciendo
Mil quejas de una en una
Al viento, que las lleva do perecen:
Puesto que no merecen
Ser de vos escuchadas,
Ni solo un hora oidas,
He lástima de ver que van perdidas
Por donde suelen ir las remediadas.

A mí se han de tornar,
Adonde para siempre habrán de estar.
¿Mas que haré, señora,
En tanta desventura?
Adonde iré, si á vos no voy con ella?
¿De quien podré yo agora
Valerme en mi tristura,
Si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
Con quien mi voluntad
Recibe tal engaño,
Que viendoos holgar siempre con mi daño,
Me quejo á vos, como si en la verdad
Vuestra condicion fuerte
Tuviese alguna cuenta con mi muerte.
Los árboles presento
Entre las duras peñas
Por testigos de cuanto os he encubierto.
De lo que entre ellos cuento
Podrán dar buenas señas;
Si señas pueden dar del desconcierto,
¿Mas quien tendrá concierto
En contar el dolor,
Que es de órden enemigo?

No me den pena, no, porque lo digo;
Que ya no me refrenará el temor.
¡Quien pudiese hartarse
De no esperar remedio, y de quejarse!
Mas esto me es vedado
Con unas obras tales
Con que nunca fué á nadie defendido:
Que si otros han dejado
De publicar sus males,
Llorando el mal estado á que han venido,
Señora no habrá sido
Sino con mejoría
Y alivio en su tormento:
Mas ha venido en mí á ser lo que siento
De tal arte, que ya en mi fantasía
No cabe; y así quedo
Sufriendo aquello que decir no puedo.
Si por ventura estiendo
Alguna vez mis ojos
Por el proceso luengo de mis daños,
Con lo que me defiendo
De tan grandes enojos
Solamente es allí con mis engaños
Mas vuestros desengaños

Vencen mi desvarío,
Y apocan mis defensas.
No hallo que os he hecho otras ofensas,
Sino que siendo vuestro mas que mio,
Quise perderme así
Por vengarme de vos, señora, en mí.
Cancion, yo he dicho mas que me mandáron
Y menos que pensé :
No me pregunten mas, que lo diré.

CANCION III.

Con un manso ruido
De agua corriente y clara
Cerca el Danubio una Isla, que pudiera
Ser lugar escogido
Para que descansara
Quien como yo estó agora no estuviera :
Do siempre Primavèra
Parece en la verdura
Sembrada de las flores :
Hacen los ruiseñores
Renovar el placer ó la tristura

Con sus blandas querellas,
Que nunca dia y noche cesan dellas.
Aquí estuve yo puesto,
O por mejor decillo,
Preso, forzado y solo en tierra agena;
Bien pueden hacer esto
En quien puede sufrillo,
Y en quien él á sí mismo se condena.
Tengo sola una pena,
Si muero desterrado
Y en tanta desventura,
Que piensen por ventura
Que juntos tantos males me han llevado:
Y sé yo bien que muero
Por solo aquello que morir espero.
El cuerpo está en poder
Y en manos de quien puede
Hacer á su placer lo que quisiere;
Mas no podrá hacer
Que mal librado quede,
Mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
Y la postrera suerte,
Aquí me ha de hallar

En el mismo lugar :
Que otra cosa mas dura que la muerte
Me halla y ha hallado :
Y este sabe muy bien quien lo ha probado.
No es necesario agora
Hablar mas sin provecho ,
Que es mi necesidad muy apretada ;
Pues ha sido en un hora
Todo aquello deshecho
En que toda mi vida fué gastada.
¿ Y al fin de tal jornada
Presumen de espantarme?
Sepan que ya no puedo
Morir sino sin miedo :
Que aun nunca que temer quiso dejarme
La desventura mia ,
Que el bien y el miedo me quitó en un dia.
Danubio , rio divino ,
Que por fieras naciones
Vas con tus claras ondas discurriendo
Pues no hay otro camino
Por donde mis razones
Vayan fuera de aquí , sino corriendo
Por tus aguas y siendo

En ellas anegadas ;
Si en esa tierra agena
Por la desierta arena
Fueren de alguno acaso en fin halladas,
Entiérrelas, si quiera
Porque su error se acabe en tu ribera
Aunque en el agua mueras,
Cancion, no has de quejarte;
Que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras,
Si hubieras de igualarte
Con otras que se me han muerto en la boca.
Quien tiene culpa desto,
Allá lo entenderás de mí muy presto.

CANCION IV.

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre tambien en mis razones,
Como ya en los efetos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones:
Sabrá el mundo la causa porque muero;
Y moriré á lo menos confesado.

Pues soy por los cabellos arrastrado
De un tan desatinado pensamiento,
Que por agudas peñas peligrosas,
Por matas espinosas
Corre con ligereza mas que el viento,
Bañando de mi sangre la correra
Y para mas despacio atormentarme,
Llévame alguna vez por entre flores,
A do de mis tormentos y dolores
Descanso, y dellos vengo á no acordarme:
Mas él á mas descanso no me espera;
Antes como me vé desta manera,
Con un nuevo furor y desatino
Torna á seguir el áspero camino.
No vine por mis pies á tantos daños;
Fuerzas de mi destino me trajéron,
Y á la que me atormenta me entregáron.
Mi razon y juicio bien creyéron
Guardarme, como en los pasados años
De otros graves peligros me guardáron:
Mas cuando los pasados comparáron
Con los que venir viéron, no sabian
Lo que hacer de sí, ni do meterse,
Que luego empezó á verse

La fuerza y el rigor con que venian.
Mas de pura vergüenza constreñida,
Con tardo paso y corazon medroso
Al fin ya mi razon salió al camino.
Cuanto era el enemigo mas vecino,
Tanto mas el recelo temeroso
Le mostraba el peligro de su vida,
Pensar en el temor de ser vencida.
La sangre alguna vez le calentaba,
Mas el mismo temor se la enfriaba.
Estaba yo á mirar: y peleando
En mi defensa mi razon estaba
Cansada, y en mil partes ya herida:
Y sin ver yo quien dentro me incitaba,
Ni saber como, estaba deseando
Que allí quedase mi razon vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
Cosa se me cumplió, que desease
Tan presto como aquesta; que á la hora
Se rindió la señora,
Y al siervo consintió que gobernase,
Y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentíme salteado
De una vergüenza libre y generosa:

Corríme gravemente que una cosa
Tan sin razon hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
De ver mi reino en mano de quien cuento
Que me da vida y muerte cada dia,
Y es la mas moderada tiranía.
Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
Tornar clara la noche tenebrosa,
Y escurecer el sol á mediodia,
Me convirtiéron luego en otra cosa.
En volviéndose á mi la vez primera
Con la calor del rayo que salia
De su vista, que en mí se difundia,
Y de mis ojos la abundante vena
De lágrimas, al sol que me inflamaba,
No menos ayudaba
A hacer mi natura en todo agena
De lo que era primero. Corromperse
Sentí el sosiego y libertad pasada,
Y el mal de que muriendo estó engendrarse
Y en tierra sus raices ahondarse
Tanto, cuanto su cima levantada
Sobre cualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,

Mil es amargo, alguna vez sabroso;
Mas mortífero siempre y ponzoñoso.
De mí agora huyendo, voy buscando
A quien huye de mí como enemiga;
Que al un error añado el otro yerro:
Y en medio del trabajo y la fatiga
Estoy cantando yo, y está sonando
De mis atados pies el grave hierro:
Mas poco dura el canto, si me encierro
Acá dentro de mí, porque allí veo
Un campo lleno de desconfianza,
Muéstrame la esperanza
De lejos su vestido y su meneo;
Mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno á llorar mis daños, porque entiendo
Que es un crudo linage de tormento
Para matar aquel que está sediento
Mostralle el agua por que está muriendo:
De la cual el cuitado juntamente
La claridad contempla, el ruido siente:
Mas cuando llega ya para bebella,
Gran espacio se halla lejos della.
De los cabellos de oro fué tejida
La red que fabricó mi sentimiento,

Do mi razon revuelta y enredada
Con gran vergüenza suya y corrimiento
Sujeta al apetito y sometida,
En público adulterio fué tomada,
Del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
Pues no tengo con que considerallo,
Y en tal punto me hallo,
Que estoy sin armas en el campo puesto,
Y el paso ya cerrado y la huida.
¿Quien no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido á tal estremo
Que del grave dolor que huyo y temo
Me hallo algunas veces tan amigo,
Que en medio dél si vuelvo á ver la vida
De libertad, la juzgo por perdida,
Y maldigo las horas y momentos
Gastadas mal en libres pensamientos.
No reina siempre aquesta fantasía,
Que en imaginacion tan variable
No se reposa una hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
A tiempos el dolor, que al alma mia
Desampara, huyendo el sufrimiento,

Lo que dura la furia del tormento:
No hay parte en mí que no se me trastorne,
Y que en torno de mí no esté llorando;
De nuevo protestando
Que de la via espantosa atras me torne.
Esto ya por razon no va fundado,
Ni le dan parte dello á mi juicio,
Que este discurso todo es ya perdido;
Mas es en tanto daño del sentido
Este dolor, y en tanto perjuicio,
Que todo lo sensible atormentado,
Del bien (si alguno tuvo) ya olvidado
Está de todo punto, y solo siente
La furia y el rigor del mal presente.
En medio de la fuerza del tormento
Una sombra de bien se me presenta,
Do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto á mí que sienta
Alguna parte de lo que yo siento
Aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomparable la fatiga,
Que si con algo yo no me engañase
Para poder llevalla, moriria,
Y así me acabaria.

Sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que del estado mas perdido
Saco algun bien; mas luego en mí la suerte
Trueca y revuelve el órden; que algun hora
Si el mal acaso un poco en mí mejora,
Aquel descanso luego se convierte
En un temor, que me ha puesto en olvido
Aquella por quien sola me he perdido.
Así del bien que un rato satisface,
Nace el dolor que el alma me deshace.
Cancion, si quien te viere se espantase
De la instabilidad y ligereza,
Y revuelta del vago pensamiento:
Estable, grave y firme es el tormento;
Le di, que es causa, cuya fortaleza
Es tal, que en cualquier parte que tocare,
La hará revolver hasta que pare
En aquel fin de lo terrible y fuerte,
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

CANCION V.

A LA FLOR DE GNIDO.

Si de mi baja Lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento:
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trujese:
No pienses que cantado
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre, y de sudor teñido:
Ni aquellos Capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los Alemanes
El fiero cuello atados,

Y los Franceses van domesticados.
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estás armada.
Y como por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cativo,
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado
En la concha de Vénus amarrado.
Por tí, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía;
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por tí, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano

Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por tí, su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
Por tí, el mayor amigo
Lo es importuno, grave y enojoso;
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuí su puerto y su reposo.
Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.
No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
Hágate temerosa
El caso de Anaxárete, y cobarde

Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.
Estábase alegrando
Del mal ageno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido.
Y al cuello el lazo atado
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punicion agena,
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
O tarde arrepentirse!
O última terneza!
Como te sucedió mayor dureza?
Los ojos se enclaváron
En el tendido cuerpo que allí viéron,
Los huesos se tornáron
Mas duros y creciéron,
Y en sí toda la carne convirtiéron;
Las entrañas heladas

Tornáron poco á poco en piedra dura;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo, y su natura:
Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y transformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los Poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable,
Que por tí pase triste y miserable.

SONETO I.

Cuando me paro á contemplar mi estado,
Y á ver los pasos por do me ha traido,
Hallo, segun por do anduve perdido,
Que á mayor mal pudiera haber llegado.
Mas cuando del camino estó olvidado,
A tanto mal no sé por do he venido:
Sé que me acabo, y mas he yo sentido
Ver acabar conmigo mi cuidado.
Yo acabaré, que me entregué sin arte
Aquien sabrá perderme y acabarme,
Si ella quisiere, y aun sabrá querello:
Que pues mi voluntad puede matarme,
La suya, que no es tanto de mi parte,
Pudiendo ¿qué hará sino hacello?

SONETO II.

En fin á vuestras manos he venido,
Do sé que he de morir tan apretado,
Que aun aliviar con quejas mi cuidado
Como remedio me es ya defendido.

Mi vida no sé en que se ha sostenido,
Sino es en haber sido yo guardado
Para que solo en mí fuese probado
Cuanto corta la espada en un rendido.
Mis lágrimas han sido derramadas
Donde la sequedad y la aspereza
Diéron mal fruto dellas y mi suerte.
Basten las que por vos tengo lloradas,
No os vengueis mas de mí con mi flaqueza,
Allá os vengad, señora, con mi muerte.

SONETO III.

La mar en medio y tierras he dejado
De cuanto bien, cuitado, yo tenia,
Y yéndome alejando cada dia,
Gentes, costumbres, lenguas he pasado.
Ya de volver estoy desconfiado:
Pienso remedios en mi fantasía:
Y el que mas cierto espero, es aquel dia
Que acabará la vida y el cuidado.
De cualquier mal pudiera socorrerme
Con veros yo, señora, ó esperallo,
Si esperallo pudiera sin perdello.

Mas de no veros ya para valerme,
Si no es morir ningun remedio hallo:
Y si esto lo es, tampoco podre hallarlo.

SONETO IV.

Un rato se levanta mi esperanza,
Mas, cansada de haberse levantado,
Torna á caer, y deja, mal mi grado,
Libre el lugar á la desconfianza.
¿Quien sufrirá tan áspera mudanza
Del bien al mal? O corazon cansado!
Esfuerza en la miseria de tu estado,
Que tras fortuna suele haber bonanza.
Yo mismo emprenderé á fuerza de brazos
Romper un monte, que otro no rompiera,
De mil inconvenientes muy espeso.
Muerte, prision, no pueden, ni embarazos,
Quitarme de ir á veros como quiera,
Desnudo espirtu, ó hombre en carne y hueso.

SONETO V.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
Y cuanto yo escribir de vos deseo

Vos sola lo escribiste, yo lo leo,
Tan solo, que aun de vos me guardo en esto.
En esto estoy y estaré siempre puesto;
Que aunque no cabe en mi cuanto en vos veo,
De tanto bien lo que no entiendo creo,
Tomando ya la fe por presupuesto.
Yo no nací sino para quereros:
Mi mal os ha cortado á su medida:
Por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos:
Por vos nací, por vos tengo la vida,
Por vos he de morir, y por vos muero.

SONETO VI.

Por ásperos caminos he llegado
A parte que de miedo no me muevo:
Y si á mudarme, ó dar un paso pruebo,
Allí por los cabellos soy tornado.
Mas tal estoy que con la muerte al lado
Busco de mi vivir consejo nuevo:
Conozco lo mejor, lo peor apruebo,
O por costumbre mala, ó por mi hado.
Por otra parte el breve tiempo mio,

Y el errado proceso de mis años
En su primer principio y en su medio,
Mi inclinacion (con quien ya no porfio)
La cierta muerte (fin de tantos daños)
Me hacen descuidar de mi remedio.

SONETO VII.

No pierda mas quien ha tanto perdido;
Bástete Amor lo que por tí he pasado:
Válgame agora nunca haber probado
A defenderme de lo que has querido.
Tu templo y tus paredes he vestido
De mis mojadas ropas y adornado;
Como acontece á quien ha ya escapado
Libre de la tormenta en que se vido.
Yo hábia jurado nunca mas meterme
A poder mio y mi consentimiento
En otro tal peligro, como vano.
Mas del que viene no podré valerme;
Y en esto no voy contra el juramento;
Que ni es como los otros, ni en mi mano.

SONETO VIII.

Dᴇ aquella vista pura y excelente
Salen espirtus vivos y encendidos,
Y siendo por mis ojos recibidos,
No paran hasta donde el mal se siente.
Encuentranse en camino fácilmente,
Por do los mios, del calor movidos,
Salen fuera de mí como perdidos,
Llamados de aquel bien que está presente.
Ausente en mi memoria la imagino:
Mis espirtus, pensando que la vian,
Se mueven y se encienden sin medida.
Mas no hallando fácil el camino,
Que los suyos entrando detenian,
Revientan por salir do no hay salida.

SONETO IX.

Sᴇñᴏʀᴀ mia, si de vos yo ausente
En esta vida duro, y no me muero,
Paréceme que ofendo á lo que os quiero,
Y al bien de que gozaba en ser presente.
Tras este luego siento otro accidente,

Y es ver que si de vida desespero,
Yo pierdo cuanto bien viendoos espero;
Y así estoy en mis males diferente.
En esta diferencia mis sentidos
Combaten con tan áspera porfia,
Que no sé que hacerme en mal tamaño.
Nunca entre sí los veo sino reñidos:
De tal arte pelean noche y dia,
Que solo se conciertan en mi daño.

SONETO X.

O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quien me dijera, cuando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me via,
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor reprensentadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.
Sino, sospecharé que me pusistes

En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

SONETO XI.

Hermosas Ninfas, que en el rio metidas,
Contentas habitais en las moradas,
De relucientes piedras fabricadas,
Y en colunas de vidrio sostenidas;
Agora esteis labrando embebecidas,
O tejiendo las telas delicadas;
Agora unas con otras apartadas
Contandoos los amores y las vidas:
Dejad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas á mirarme:
Y no os detendréis mucho segun ando:
Que no podréis de lástima escucharme;
O convertido en agua aquí llorando,
Podréis allá despacio consolarme.

SONETO XII.

Si para refrenar este deseo
Loco, imposible, vano, temoroso,
Y guarecer del mal tan peligroso,

Que es darme á entender yo lo que no creo,
No me aprovecha verme cual me veo,
O muy aventurado ó muy medroso,
En tanta confusion, que ya no oso
Fiar el mal de mí que lo poseo,
¿Que me ha de aprovechar ver la pintura
De aquel que con las alas derretidas
Cayendo fama y nombre al mar ha dado?
Ni la del que su fuego y su locura
Llora entre aquellas plantas conocidas,
Apenas en el agua resfriado.

SONETO XIII.

A Dafne ya los brazos le crecian,
Y en luengos ramos vueltos se mostraban:
En verdes hojas vi que se tornaban
Los cabellos que al oro escurecian.
De áspera corteza se cubrian
Los tiernos miembros, que aun bullendo estaban
Los blancos pies en tierra se hincaban,
Y en torcidas raíces se volvian.
Aquel que fué la causa de tal daño,
A fuerza de llorar crecer hacia

Este árbol que con lágrimas regaba.
O miserable estado ! ó mal tamaño !
Que con llorarla crezca cada dia
La causa y la razon porque lloraba !

SONETO XIV.

Como la tierna madre, que el doliente
Hijo le está con lágrimas pidiendo
Alguna cosa, de la cual comiendo
Sabe que ha de doblarse el mal que siente,
Y aquel piadoso amor no le consiente
Que considere el daño que haciendo
Lo que le pide hace, va corriendo,
Aplaca el llanto, y dobla el accidente:
Así á mi enfermo y loco pensamiento,
Que en su daño os me pide, yo querria
Quitalle este mortal mantenimiento.
Mas pidemelo, y llora cada dia
Tanto, que cuanto quiere le consiento,
Olvidando su muerte, y aun la mia.

SONETO XV.

Si quejas y lamentos pueden tanto
Que enfrenáron el curso de los rios,

Y en los desiertos montes y sombríos
Los árboles moviéron con su canto:
Si convirtiéron á escuchar su llanto
Los fieros tigres: y peñascos frios:
Si en fin con menos casos que los mios
Bajáron á los reinos del espanto:
¿Porque no ablandará mi trabajosa
Vida, en miseria y lágrimas pasada
Un corazon conmigo endurecido?
Con mas piedad debria ser escuchada
La voz del que se llora por perdido,
Que la del que perdió y llora otra cosa.

SONETO XVI.

A LA SEPULTURA DE DON FERNANDO DE GUZMAN SU HERMANO, QUE MURIÓ DE PESTILENCIA A LOS VEINTE AÑOS DE SU EDAD, ESTANDO EN EL EJÉRCITO DE NUESTRO CÉSAR CONTRA FRANCESES EN NÁPOLES.

No las Francesas armas odiosas;
En contra puestas del airado pecho,
Ni en los guardados muros con pertrecho
Los tiros y saetas ponzoñosas:

No las escaramuzas peligrosas,
  Ni aquel fiero ruido contrahecho
  De aquel que para Júpiter fué hecho
  Por manos de Vulcano artificiosas,
Pudiéron (aunque yo mas me ofrecia
  A los peligros de la dura guerra)
  Quitar un hora sola de mi bado.
Mas inficion del aire en solo un dia
  Me[illegible]tó al mundo, y me ha en ti sepultado,
  Partenope, tan lejos de mi tierra.

SONETO XVII.

Pensando que el camino iba derecho,
  Vine á parar en tanta desventura,
  Que imaginar no puedo, aun con locura,
  Algo de que esté un rato satisfecho.
El ancho campo me parece estrecho,
  La noche clara para mí es escura,
  La dulce compañía amarga y dura,
  Y duro campo de batalla el lecho.
Del sueño (si hay alguno) aquella parte
  Sola, que es ser imágen de la muerte,
  Se aviene con el alma fatigada.

En fin que como quiera estoy de arte.
Que juzgo ya por hora menos fuerte
(Aunque en ella me vi) la que es pasada.

SONETO XVIII.

Si á vuestra voluntad yo soy de cera,
Y por sol tengo solo vuestra vista;
La cuál á quien no inflama, ó no conquista
Con su mirar, es de sentido fuera:
De do viene una cosa (que si fuera
Menos veces de mi probada y vista,
Segun parece que á razon resista,
A mi sentido mismo no creyera)
Y es, que yo soy de lejos inflamado
De vuestra ardiente vista y encendido
Tanto, que en vida me sostenga apenas.
Mas si de cerca soy acometido
De vuestros ojos, luego siento helado
Cuajárseme la sangre por las venas.

SONETO XIX.

Julio, despues que me partí llorando
De quien jamas mi pensamiento parte,

Y dejé de mi alma aquella parte
Que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,
De mi bien á mí mismo voy tomando
Estrecha cuenta, y siento de tal arte
Faltarme todo el bien, que temo en parte
Que ha de faltarme el aire sospirando:
Y con este temor mi lengua prueba
A razonar con vos, ó dulce amigo,
De la amarga memoria de aquel dia,
En que yo comencé como testigo
A poder dar del alma vuestra nueva,
Y á sabella de vos el alma mia.

SONETO XX.

Con tal fuerza y vigor son concertados
Para mi perdicion los duros vientos,
Que cortáron mis tiernos pensamientos
Luego que sobre mí fuéron mostrados.
El mal es que me quedan los cuidados
En salvo destos acontecimientos,
Que son duros, y tienen fundamentos
En todos mis sentidos bien echados.
Aunque por otra parte no me duelo,

Ya que el bien me dejó con su partida
El grave mal que en mí está de contino;
Antes con él me abrazo y me consuelo;
Porque en proceso de tan dura vida
Ataje la largueza del camino.

SONETO XXI.

Clarísimo Marques, en quien derrama
El cielo cuanto bien conoce el mundo:
Si al gran valor en que el sujeto fundo,
Y al claro resplandor de vuestra llama
Arribaré mi pluma, y do la llama
La voz de vuestro nombre alto y profundo,
Seréis vos solo eterno y sin segundo,
Y por vos inmortal quien tanto os ama.
Cuanto del largo cielo se desea,
Cuanto sobre la tierra se procura,
Todo se halla en vos de parte á parte:
Y en fin de solo vos formó natura
Una estraña y no vista al mundo idea,
Y hizo igual al pensamiento el arte.

SONETO XXII.

Con ansia estrema de mirar qué tiene
Vuestro pecho escondido allá en su centro,
Y ver si á lo de fuera lo de dentro
En apariencia y ser igual conviene,
En él puse la vista; mas detiene
De vuestra hermosura el duro encuentro
Mis ojos, y no pasan tan adentro,
Que miren lo que el alma en si contiene.
Y así se quedan tristes en la puerta
Hecha por mi dolor con esa mano
Que aun á su mismo pecho no perdona:
Donde ví claro mi esperanza muerta;
Y el golpe que vos hizo amor en vano
Non esservi passato oltrá la gonna.

SONETO XXIII.

En tanto que de rosa y azucena
Se muestra la color en vuestro gesto,
Y que vuestro mirar ardiente, honesto
Con clara luz la tempestad serena:
Y en tanto que el cabello, que en la vena

Del oro se escogió, con vuelo presto
Por el hermoso cuello blanco enhiesto
El viento mueve, esparce y desordena:
Coged de vuestra alegre primavera
El dulce fruto, antes que el tiempo airado
Cubra de nieve la hermosa cumbre,
Marchitará la rosa el viento helado:
Todo lo mudará la edad ligera.
Por no hacer mudanza en su costumbre.

SONETO XXIV.

A LA MARQUESA DE PADULA DOÑA MARIA DE CARDONA.

Ilustre honor del nombre de Cardona,
Décima moradora del Parnaso,
A Tansilo, á Minturno, al culto Taso
Sujeto noble de inmortal corona:
Si en medio del camino no abandona
La fuerza y el espirtu á vuestro Laso,
Por vos me llevará mi osado paso
A la cumbre dificil de Helicona.
Podré llevar entonces sin trabajo,
Con dulce son que el curso al agua enfrena,

Por un camino hasta agora enjuto,
El Patrio celebrado y rico Tajo,
Que del valor de su luciente arena
A vuestro nombre pague el gran tributo.

SONETO XXV.

¡O Hado ejecutivo en mis dolores,
Como sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas,
Y esparciste por tierra fruta y flores.
En poco espacio yacen los amores,
Y toda la esperanza de mis cosas
Tornados en cenizas desdeñosas,
Y sordas á mis quejas y clamores.
Las lágrimas, que en esta sepultura
Se viéron hoy en dia y se vertiéron,
Recibe, aunque sin fruto allá te sean,
Hasta que aquella eterna noche escura
Me cierre aquestos ojos que te viéron,
Dejándome con otros que te vean.

SONETO XXVI.

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenia.

O cuanto bien se acaba en solo un dia!
O cuantas esperanzas lleva el viento?
O cuan ocioso está mi pensamiento
Cuando se ocupa en bien de cosa mia!
A mi esperanza, así como á baldia,
Mil veces la castiga mi tormento.
Las mas veces me entrego, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima romperia.
Aqueste es el deseo que me lleva
A que desee tornar á ver un dia
A quien fuera mejor nunca haber visto.

SONETO. XXVII.

Amor, Amor, un hábito he vestido
Del paño de tu tienda bien cortado:
Al vestir le hallé ancho y holgado;
Pero despues estrecho y desabrido.
Despues acá de haberlo consentido,
Tal arrepentimiento me ha tomado,
Que pruebo alguna vez de congojado
A romper deste paño este vestido.
¿Mas quien podrá deste hábito librarse,

Teniendo tan contraria su natura,
Que con él ha venido á conformarse?
Si alguna parte queda por ventura
De mi razon, por mi no osa mostrarse;
Que en tal contradicion no está segura.

SONETO XXVIII.

Boscan, vengado estais, con mengua mia
De mi rigor pasado y mi asperexa,
Con que reprehenderos la ternexa
De vuestro blando corazon solia.
Agora me castigo cada dia
De tal selvatiquez y tal torpeza:
Mas es á tiempo que de mi bajeza
Correrme y castigarme bien podria,
Sabed que en mi perfecta edad, y armado,
Con mis ojos abiertos me he rendido
Al niño, que sabeis, ciego y desnudo.
De tan hermoso fuego consumido
Nunca fué corazon: Si preguntado
Soy lo demas, en lo demas soy mudo.

SONETO XXIX.

Pasando el mar Leandro el animoso,
En amoroso fuego todo ardiendo,
Esforzó el viento, y fuése embraveciendo
El agua con un ímpetu furioso.
Vencido del trabajo presuroso,
Contrastar á las ondas no pudiendo,
Y mas del bien que allí perdia muriendo,
Que de su propia muerte congojoso,
Como pudo esforzó su voz cansada,
Y á las ondas habló desta manera:
(mas nunca fué la voz dellas oida)
Ondas, pues no se escusa que yo muera,
Dejadme allá llegar, y á la tornada
Vuestro furor ejecuta en mi vida.

SONETO XXX.

Sospechas, que en mi triste fantasía
Puestas, haceis la guerra á mi sentido
Volviendo y revolviendo el afligido
Pecho, con dura mano, noche y dia:
Ya se acabó la resistencia mia,

Y la fuerza del alma : ya rendido
Vencer de vos me dejo , arrepentido
De haberos contrastado en tal porfía.
Llevadme á aquel lugar tan espantable ,
Que por no ver mi muerte allí esculpida ,
Cerrados hasta aquí tuve los ojos.
Las armas pongo ya ; que concedida
No es tan larga defensa al miserable :
Colgad en vuestro carro mis despojos.

SONETO XXXI.

Dentro de mi alma fué de mí engendrado
Un dulce amor , y de mi sentimiento
Tan aprobado fué su nacimiento ,
Como de un solo hijo deseado :
Mas luego nació dél quien ha estragado
Del todo el amoroso pensamiento :
En áspero rigor y en gran tormento
Los primeros deleites ha tornado.
O crudo nieto , que das vida al padre
Y matas al abuelo ! ¿ por qué creces
Tan desconforme á aquel de que has nacido ?
O zeloso temor ! á quien pareces ?

¡Que aun la invídia, tu propia y fiera madre
Se espanta en ver el monstruo que ha parido!

SONETO XXXII.

Mi lengua va por do el dolor la guia:
Ya yo con mi dolor sin guía camino:
Entrambos hemos de ir con puro tino,
Cada uno á parar do no queria:
Yo, porque voy sin otra compañía,
Sino la que me hace el desatino;
Ella porque la lleve aquel que vino
A hacella decir mas que querria.
Y es para mí la ley tan desigual,
Que aunque inocencia siempre en mí conoce,
Siempre yo pago el yerro ageno y mio.
¿Qué culpa tengo yo del desvarío
De mi lengua, si estoy en tanto mal
Que el sufrimiento ya me desconoce?

SONETO XXXIII.

A BOSCAN DESDE LA GOLETA.

Boscan, las armas y el furor de Marte,
Que con su propia sangre el Africano

Suelo regando, hacen que el Romano
Imperio reverdezca en esta parte,
Han reducido á la memoria el arte,
Y el antiguo valor Italiano,
Por cuya fuerza y valerosa mano
Africa se aterró de parte á parte.
Aquí donde el Romano entendimiento,
Donde el fuego y la llama licenciosa
Solo el nombre dejáron á Cartago,
Vuelve y revuelve amor mis pensamientos,
Hiere y enciende el alma temerosa,
Y en llanto y en ceniza me deshago.

SONETO XXXIV.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.
Veré colgada de un sutil cabello
La vida del amante embebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las voces que le avisan dello.
Alegrárame el mal de los mortales,

Mas no es mi corazon tan inhumano
En aqueste mi error, como parece:
Porque yo huelgo, como huelga el sano,
No de ver á los otros en los males;
Sino de ver que dellos él carece.

SONETO XXXV.

A MARIO GALEOTA.

Mario, el ingrato amor, como testigo
De mi fe pura, y de mi gran firmeza,
Usando en mí su vil naturaleza,
Que es hacer mas ofensa al mas amigo;
Teniendo miedo que si escribo y digo
Su condicion, abato su grandeza;
No bastando su esfuerzo á su crueza,
Ha esforzado la mano á mi enemigo.
Y así en la parte que la diestra mano
Gobierna, y en aquella que declara
Los concetos del alma, fuí herido.
Mas yo haré que aquesta ofensa, cara
Le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
Libre, desesperado y ofendido.

SONETO XXXVI.

A la entrada de un valle en un desierto,
Do nadie atravesaba, ni se via,
Vi que con estrañeza un can hacia
Estremos de dolor con desconcierto:
Agora suelta el llanto al cielo abierto:
Ora va rastreando por la via:
Camina, vuelve, para, y todavía
Quedaba desmayado como muerto.
Y fué que se apartó de su presencia
Su amo, y no le hallaba; y esto siente.
Mirad hasta do llega el mal de ausencia.
Movióme á compasion ver su accidente,
Díjele lastimado: ten paciencia;
Que yo alcanzo razon, y estoy ausente.

SONETO XXXVII.

Estoy contino en lágrimas bañado,
Rompiendo siempre el aire con sospiros;
Y mas me duele el no osar deciros
Que he llegado por vos á tal estado,
Que viéndome do estoy, y lo que he andado

Por el camino estrecho de seguiros,
Si me quiero tornar para huiros,
Desmayo viendo atras lo que he dejado:
Y si quiero subir á la alta cumbre,
A cada paso espántame en la via
Ejemplos tristes de los que han caido.
Sobre todo me falta ya la lumbre
De la esperanza, con que andar solia
Por la escura region de vuestro olvido.

CANCION.

HABIÉNDOSE CASADO SU DAMA.

Culpa debe ser quereros,
Segun lo que en mí haceis;
Mas allá lo pagaréis,
Do no sabrán conoceros,
Por mal que me conoceis.
Por quereros, ser perdido
Pensaba, que no culpado:
Mas que todo lo haya sido,
Así me lo habeis mostrado,

Que lo tengo bien sabido.
¡ Quien pudiese no quereros
Tanto como vos sabeis !
Por holgarme que pagueis
Do que no han de conoceros,
Con lo que no conoceis.

OTRA.

Yo dejaré desde aquí
De ofenderos mas hablando ;
Porque mi morir callando
Os ha de hablar por mí.
Gran ofensa os tengo hecha
Hasta aquí en haber hablado,
Pues en casa os he enojado,
Que tampoco me aprovecha.
Derramaré desde aquí
Mis lágrimas no hablando ;
Por quien muere callando
Tiene quien hable por sí.

A UNA PARTIDA.

Acaso supo, á mi ver,
Y por acierto quereros,
Quien tal yerro fué á hacer,
Como partirse de veros
Donde os dejase de ver.
Imposible es que este tal,
Pensando que os conocia,
Supiese lo que hacia,
Cuando su bien y su mal
Junto os entregó en un dia.
Acertó acaso á hacer
Lo que si por conoceros
Hiciera, no podia ser
Partirse, y con solo veros
Dejaros siempre de ver.

A UNA SEÑORA, QUE ANDÁNDOSE ÉL Y OTRO PASEANDO, LES ECHÓ UNA RED EMPEZADA, Y UN HUSO COMENZADO A HILAR EN ÉL; Y DIJO QUE AQUELLO HABIA TRABAJADO TODO EL DIA.

De la red, y del hilado
Hemos de tomar, señora,
Que echais de vos en un hora
Todo el trabajo pasado.
Y si el vuestro se ha de dar
A los que se pasearen,
Lo que por vos trabajaren
Donde lo pensais echar?

TRADUCCION DE CUATRO VERSOS DE OVIDIO.

Pues este nombre perdí,
Dido, muger de Sicheo,
En mi muerte esto deseo
Que se escriba sobre mí:
El peor de los Troyanos
Dió la causa y el espada:
Dido á tal punto llegada
No puso más de las manos.

COPLA.

SOBRE ESTE VILLANCICO.

Que testimonios son estos
Que le quéreis levantar?
Que no fué sino bailar.

Esta tienen por gran culpa?
No lo fué á mi parecer,
Por que tienen por disculpa
Que lo hizo la muger.
Esta le hizo caer,
Mucho mas que no el saltar
Que hizo con el bailar.

GARCIÆ LASI DE LA VEGA

AD FERDINANDUM DE ACUÑA.

EPIGRAMMA.

Dùm Reges, Fernande, canis, dùm Cæsaris altam
Progeniem nostri, claraque faeta Ducum,
Dùm Hispanâ memoras fractas sub cuspide gentes,
Obstupuêre homines, obstupuêre Dii;
Extollensque caput sacri de vertice Pindi
Calliope blandis vocibus hæc retulit;
Macte puer, geminâ præcinctus tempora lauro,
Qui nova nunc Martis gloria solus eras,
Hæc tibi dat Bacchusque pater, dat Phœbus Apollo;
Nympharumque leves, Castalidumque chori,
Ut, quos divino celebrasti carmine Reges,
Teque simul curvâ qui canis alma lyrâ,
Sæpè legant, laudent, celebrent post fata nepotes:
Nullaque perpetuos nox fuget atra dies.

ÍNDICE.

Imprenta di KINDELEM.

304 JAN 23

630 JAN 23